

# AFGANISTÁN: DOS AÑOS DESPUÉS

Leopoldo García García  
General de brigada.

*No es difícil conquistar Afganistán.  
Pero, es difícil guardarlo.*

EMIR ABDURRAHMANE-KHAN  
Rey de Afganistán de 1880 a 1901.

## Situación general

El día 27 de septiembre de 1996, los talibanes ocuparon la capital de Afganistán, Kabul, después de una ofensiva sobre tres ejes, por el Oeste sobre Maydan, por el Sur sobre Logar y por el Este, sobre Khord-Kabul, llevando el esfuerzo principal por este último, envolviendo la capital y concentrando su ataque sobre la base aérea de Bagram, verdadera llave para el que quiera ocupar Kabul y neutralizar o apoderarse de la fuerza aérea encargada de la seguridad de la capital. La caída de Bagram, el día 26 de septiembre, motivó la huida de la coalición gubernamental y la ocupación, al día siguiente, de la capital, figura 1, p. 26.

La llegada de los talibanes a Kabul despertó sentimientos encontrados en la población. Para unos, era la esperanza y para otros, el temor. La población afgana, más que cansada por los 18 años de guerra se mostró pasivamente satisfecha por la progresión de los talibanes, máxime cuando en algún momento, con bastante intencionalidad buscando apoyos de ciertos sectores, llegaron a afirmar que estaban preparando la vuelta de Zaher-Chah, depuesto el 18 de julio de 1973. Ésta fue, al parecer, la idea inicial apoyada por Estados Unidos y Pakistán y admitida por los talibanes, porque les daba cierta respetabilidad, pero a medida que «los locos de Dios» empezaron a obtener éxitos la idea se fue olvidando y el *mollah* Mohamed Omar ya ha afirmado en alguna ocasión, que no desea el retorno de Zaher-Chah como rey, «aunque puede volver como un simple afgano».

Con la toma de Kabul, los talibanes establecieron un gobierno provisional y una de sus primeras medidas fue dictar un cierto número de reglas, que los «estudiantes en religión» habían ya implantado en otras ciudades de las que se habían apoderado. El régimen se había endurecido y la «Comisión para promover el bien y erradicar el mal» ha enunciado los 16 mandamientos de los talibanes y que deben observar todos los ciudadanos. Las nuevas reglas, que no serán las únicas, firmadas por el *maulawi* (doctor en teología), Anayatullah Badagh son las siguientes:

- Se prohíbe trabajar a las mujeres —excepto el personal médico— y que salgan a la calle sin estar cubiertas de los pies a la cabeza con el *tchadri* (el velo).

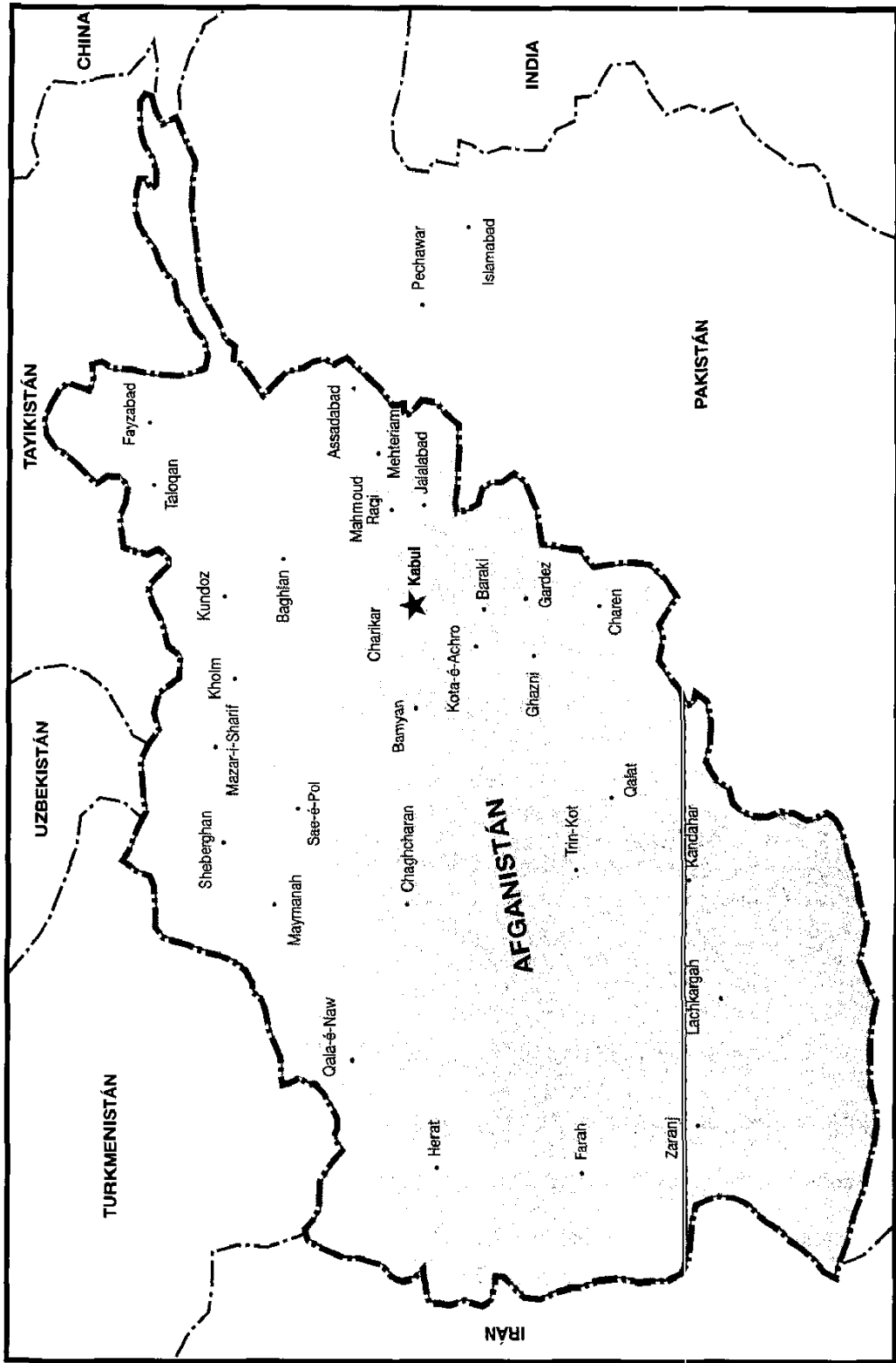


Figura 1.- Situación geográfica.

- Se prohíbe a los conductores de vehículos transportar mujeres, que no vayan veladas de los pies a la cabeza o que lleven el simple *tchador* iraní. Toda infracción será castigada con penas de prisión para el conductor. El marido de la infractora será igualmente sancionado.
- Se prohíbe poseer casetes-vídeo y escuchar música.
- Se prohíbe afeitarse o arreglarse la barba. Los imberbes o con poca barba serán conducidos a prisión, donde permanecerán hasta que les crezca la barba y alcance el tamaño de una mano.
- Es obligatorio ir a rezar a la mezquita cinco veces al día. Quince minutos antes de la hora prevista para las oraciones, una cuerda debe ser tendida en la calle para canalizar a los fieles.
- Se prohíbe poseer palomas o codornices. A las aves encontradas en las casas de los particulares se les cortará la cabeza. Esta medida está destinada a desanimar a los apostadores en los juegos con los pájaros, a los que son tan aficionados los afganos.
- Se prohíbe consumir drogas. Vendedores y consumidores serán ejecutados.
- Se prohíbe a los niños jugar con las cometas, ya que este juego podría tentar a los apostantes.
- Se prohíbe poseer fotos. Esta medida está destinada a erradicar la idolatría. Las fotos de los infractores serán destruidas.
- Se prohíbe llevar los cabellos largos o semilargos. Los culpables serán afeitados al momento.
- Se prohíbe a los cambistas, sobrepasar los beneficios permitidos, cambiar billetes pequeños por grandes, poner en circulación letras de cambio, prestar o pedir prestado.
- Se prohíbe a las mujeres lavar la ropa en los ríos y en «los desiertos». Las infractoras serán conducidas a sus casas y sus maridos serán castigados.
- Se prohíbe hacer trajes femeninos. Los infractores serán encarcelados.
- Se prohíbe hacer magia. Los libros de los magos serán quemados y sus propietarios serán encarcelados hasta que se arrepientan.
- Se prohíbe tocar el tambor, cantar y bailar en las bodas. Los culpables serán detenidos.

A esto hay que añadir las amputaciones para los ladrones y las lapidaciones para los adúlteros. Para vigilar el cumplimiento de estos mandatos los talibanes han creado una policía especial, que se llama «preservación de la virtud y eliminación del vicio», que se emplea sin contemplaciones, de forma que no es extraño ver en plena calle como se castiga a una mujer, se le afeita la cabeza a un hombre, «para que Satán no anide en sus cabellos» o se para a los viandantes para examinarlos sobre el contenido de El Corán. No se pueden utilizar bolsas de papel, porque pueden llevar impresas las Escrituras y hay que apagar las luces de las ventanas, para que los transeúntes no puedan vislumbrar el rostro sin velo de una mujer.

La cohesión del movimiento talibán es puesta en duda por los analistas, por cuanto se dividen en tres grupos principales: los talibanes de origen, seguidores del *mollah* Omar; los talibanes ex comunistas, salidos de la facción *Khalq* del antiguo Partido Comunista afgano y que se han unido al movimiento, bajo el pretexto de pertenecer a la misma etnia —pash-tun— pero con unos fines oportunistas y, por último, los talibanes salidos de los diferentes partidos del movimiento anticomunista, que se han unido más tarde a «los locos de Dios» y algunos de los cuales son tan jóvenes que no han podido participar en la guerra contra «los infieles soviéticos».

El hecho de que se hayan tomado algunas decisiones contradictorias nos induce a pensar que existe entre los talibanes una división entre «duros» y «moderados». La pérdida de Mazar-i-Sharif, el 24 de mayo de 1997, hay que atribuirla al intento de imponer la *sharía*, con el rigor con que venían implantándose en el resto del país. Esta pérdida provocó un serio debate en el Consejo Supremo del Movimiento, dominado por los «duros». Por otra parte, la derrota sufrida dio al traste con la aureola de invencibles que tenían hasta el momento.

En el mes de octubre de 1997, los talibanes siguiendo con su política de islamización forzada del país, cambiaron el nombre del Estado, que en adelante se llamará Emirato Islámico de Afganistán, y el dirigente supremo, el *mollah* Mohamed Omar se autoproclamó «Comendador de los creyentes».

*La islamización de la vida corriente es total. El viceministro de Asuntos Exteriores, con cierta indignación, ha llegado a declarar que:*

«El tiempo debe ser ocupado en servir al país y rezar a Dios y nada más», «las diversiones, para los talibanes, no son útiles ni necesarias para la vida del ser humano». «Incluso, antes, no había restricciones para el consumo de alcohol en Kabul —ciudad que siempre fue bastante liberal— las mujeres y los hombres se mezclaban y había muchas películas eróticas, que hacían perder el tiempo a la gente.»

A la gente que se ha sorprendido viendo la televisión o escuchando música, se le tizna la cara con carbón, para escarnio popular. A una mujer que se atrevió a pintarse las uñas, le cortaron los dedos. A los ladrones —según la cuantía—, a los drogadictos y a los homosexuales, se les embadurna la cara con alquitrán negro. El deporte no se ha visto libre del rigor de los talibanes. En lugar de aplaudir a un atleta o a un equipo, los espectadores deben gritar «Alá es grande» y si llega el momento de la oración durante la competición, ésta se interrumpe y espectadores y deportistas deben cumplir juntos sus deberes religiosos. Los talibanes han arrancado las placas de cobre dorado que decoraban las puertas de los hoteles. Igual que en el interior del comedor. El salón de baile que tenían algunos hoteles ha sido transformado en sala de oración. Los talibanes son odiados por la población, pero han traído seguridad. Han terminado con los abusos de las facciones rivales, que robaban, saqueaban, raptaban y violaban mujeres.

El territorio afgano se vio sacudido en los primeros meses del año 1998 por tres terremotos. Los dos primeros a principios de febrero y el tercero, a principios de junio. El epicentro del primero se situó en la provincia de Takhar, ciudad de Rustak, produciendo al menos unas 2.000 víctimas. El epicentro del segundo se situó en la región de Badakhshan, valle de Karanumanjan. Ambas regiones, controladas por la coalición antitalibán, permanecen aisladas del resto del país durante los meses de invierno a causa de las fuertes nevadas. Las diversas fuentes no se han puesto de acuerdo sobre la posible cooperación de los dirigentes talibanes, para remediar la situación de las poblaciones afganas víctimas de la catástrofe. De igual manera, mientras que las fuentes de Kabul anunciaban un alto el fuego para poder socorrer a los damnificados, la coalición antitalibán acusaban a «los locos de Dios» de, no sólo haber intensificado los combates, sino de haber bombardeado la zona. En el tercer terremoto se consideraron al menos 3.000 muertos y unas 30.000 personas quedaron sin hogar. En estos seísmos se han puesto de manifiesto las carencias existentes en el país, así como el nivel de vida que están obligadas a «sufrir» las poblaciones de esta zona del país.

La implantación de un régimen islámico puro se ha cebado con el colectivo femenino. En una entrevista excepcional, concedida a Bizhan Torabi, experto internacional en asuntos afganos, y publicada en la revista *Politique Internationale*, el «emir» Mohamed Omar ha resumido su «pensamiento», justificando las prohibiciones que pesan sobre las mujeres y aclarando los puntos de vista de los talibanes:

«Por su misma naturaleza, la mujer es un ser débil y vulnerable a las tentaciones. Si se las deja salir de casa, sin la vigilancia de su padre, su marido o su tío, ellas se dejarán arrastrar rápidamente por la vía del pecado, por hombres que no buscan más que el placer y que las abandonarán en cuanto hayan satisfecho sus deseos.»

Para el «emir», las afganas no se deben parecer a esas «mujeres occidentales transformadas en muñecas pintarrajeadas y en objetos sexuales», ya que para él, no hay duda de que «el mundo occidental está ya abocado al declive y a la muerte». En realidad el discurso no tiene nada de nuevo, ni de llamativo para muchos afganos y la voluntad de aplicar la *sharia* puede encontrarse también en el conjunto de los grupos islamistas, que combaten contra los talibanes. Pero, mientras estos últimos han buscado combinar la vuelta a la letra de El Corán con un reformismo, que no ignora los logros conseguidos por la modernidad occidental, los talibanes son los herederos directos de la escuela de Deobandi, ciudad del norte de la India, donde fue creado, a finales del siglo xix, un seminario de *mollahs* suníes ortodoxos preocupados por la «purificación» del islam de toda influencia extranjera. Sólo contaba para ellos la palabra de Dios transmitida por El Corán.

Trasplantados a Afganistán, a finales del siglo xx, las actitudes de los dos bandos enfrentados son completamente opuestas. No podía ser de otra manera, pues aunque todos los grupos afganos preconizaban la *sharia* y el velo para las mujeres, había entre ellos bastantes diferencias. Así, mientras el comandante Massud o su rival Hekmatyar son reformistas, formados en las universidades y escuelas de Kabul, los talibanes son religiosos campesinos, con frecuencia despreciados por los habitantes de las ciudades por su desconocimiento de la lengua persa, lengua de cultura, y por su dedicación exclusiva a la lectura e interpretación de El Corán.

Que las mujeres sean azotadas en público y que los mendigos sean brutalizados no provoca ninguna reacción. Mohamed Sher Abbas Stenakzai, viceministro de Asuntos Exteriores, en una entrevista concedida a Rolf Gauffin, le aseguraba:

«Hemos restablecido el orden. Hemos terminado con los asesinatos, las violaciones y los robos. Las carreteras y los caminos, ahora, son seguros.»

Tiene razón porque el monopolio de la violencia, ahora, pertenece al Estado. El viceministro, como expresión del equipo dirigente, no comprende la reacción del mundo entero, que acusa a los talibanes de discriminar a las mujeres. Para él:

«El islam impone una separación total de los hombres y las mujeres. Como musulmanes, no podemos tolerar que las mujeres trabajen fuera de su hogar y estén expuestas a las miradas de hombres ajenos a su familia. De igual manera rechazamos las escuelas mixtas. Las mujeres también tienen derecho a la educación, pero como todas las escuelas han sido destruidas, después de 18 años de guerra, es necesario, en primer lugar, reconstruir las de los varones y después, nos ocuparemos de las de las mujeres. En cuanto a las mujeres tituladas, ellas serán remuneradas por el Gobierno para que permanezcan en sus casas y se ocupen de sus hijos.»

Hasta la fecha, estas remuneraciones han brillado por su ausencia. Las 8.000 alumnas de la Universidad de Kabul no han vuelto a examinarse, los niños se han quedado sin maestras y miles de viudas sin ingresos.

Como conclusión de la entrevista, el dirigente talibán cambió de tono y expresó el sentir de «los locos de Dios»:

«Si al mundo entero no le gusta nuestro gobierno islámico, estará contra el islam. Aquí, estamos en nuestra casa y nadie está autorizado a mezclarse en nuestros asuntos. No aceptaremos nunca la ayuda de otras naciones que nos impongan condiciones. Con la finalidad de seguir siendo independientes, estamos dispuestos a renunciar a todo, e incluso a comer hierba.»

La policía religiosa islámica de Kabul publicó dos comunicados el 21 de julio de 1997 por los que se restringía el derecho de las mujeres afganas a recibir ayuda humanitaria. Las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) tendrán que pedir autorización a las autoridades para asistir o contratar mujeres. Por otra parte, se ha prohibido a las mujeres hacer ruido con sus zapatos al caminar, así como llevar calcetines o zapatos blancos, porque ese es el color de la bandera talibán.

El 29 de septiembre de 1997, la comisaria europea para la Ayuda Humanitaria, Emma Bonino, fue detenida en Kabul, junto con un grupo de 18 personas que la acompañaban por haber tomado fotografías e imágenes en un hospital de mujeres sin autorización. Al parecer, el incidente degeneró cuando el equipo de la CNN, que iba en el grupo, pretendió engañar a los talibanes, entregando una cinta virgen, en lugar de la que habían utilizado en la filmación. Tras 3 horas y 49 minutos en la comisaría, fueron puestos en libertad y les devolvieron sus pertenencias sin más explicaciones. Poco después, la comisaria se reunió con unos funcionarios afganos de Asuntos Exteriores, quienes le presentaron sus excusas. El ministro talibán de Información y Cultura, Amir Khan Muttaqi, afirmó que la comisaria europea:

«Había traspasado los límites de la legislación afgana y todo visitante debe respetar la legislación del país que visita.»

Un decreto del Gobierno, de 6 de septiembre de 1997, prohibía a todos los hospitales de la ciudad de Kabul, acoger mujeres, excepto en casos de urgencia. Además, las pacientes que estuvieran ingresadas no recibirán atención alguna. Esto significa que las mujeres de Kabul sólo podrán ser atendidas en el Policlínico Central, que no dispone de agua corriente, ni electricidad a partir del segundo piso, ni laboratorio, ni sala de operaciones funcional y sólo cuenta con un microscopio. Y todo esto en espera de la hipotética puesta en marcha de un hospital reservado para las mujeres, que, al parecer, será el hospital de Rabia Balki, actualmente en proceso de rehabilitación y que podría inaugurarse en el plazo de un año. Conviene señalar que el principal aporte financiero para la realización de las obras procede de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y se eleva por el momento a unos 70.000 dólares.

Después de dos meses de negociaciones entre el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) y el gobierno de los talibanes, el *mollah* Abbaas, ministro de Sanidad, ha revocado el decreto de exclusión de las mujeres de los hospitales y éstas han comenzado a ser admitidas en algunos hospitales, pero con entradas y salas separadas.

El 13 de mayo de 1998, Naciones Unidas y el Emirato Islámico de Afganistán firmaron un protocolo de buen entendimiento, que constituye por parte de Naciones Unidas una legiti-

mización implícita de las medidas adoptadas por los talibanes, especialmente la discriminación sexual. Al firmar este protocolo, Martin Griffiths, responsable adjunto de Naciones Unidas para las ayudas de emergencia, reconocía que una mujer es, de hecho, inferior a un hombre, ya que en el artículo 13 se prevé que:

«El acceso a la participación de las mujeres a la salud y a la educación debe hacerse necesariamente por etapas» y «de acuerdo con las leyes islámicas y la cultura afgana.»

Eso significa aceptar implícitamente que las mujeres afganas sean privadas de la educación y de los cuidados médicos, como viene ocurriendo.

Pero hay algo peor. Naciones Unidas, en el mismo documento, han aceptado que su personal afgano sea seleccionado por los talibanes, quienes ya han prohibido todo empleo en el sector médico, a quienes hayan realizado sus estudios en Occidente o en la antigua Unión Soviética, figura 2, p. 32.

El viernes 19 de junio de 1998, miles de personas de Kabul presenciaron por primera vez, desde que los talibanes se apoderaron de la capital afgana, de una amputación pública. El macabro espectáculo tuvo lugar en un estadio de la capital, por cierto restaurado con la ayuda de Naciones Unidas y de una ONG alemana. La víctima fue un ladrón que había robado el equivalente a 75.000 pesetas a un viajero. La amputación de la mano derecha y del pie izquierdo fue llevada a cabo por cuatro cirujanos, en una mesa de operaciones instalada al efecto y bajo anestesia total. Terminada la operación, un combatiente talibán exhibió los miembros amputados, provocando los aplausos enfervorizados de la multitud.

Con el protocolo firmado entre Naciones Unidas y Afganistán el 13 de mayo, el gobierno talibán ha intentado imponer unas condiciones más rigurosas a las ONG, que trabajaban en el país. Estas organizaciones constituían una ventana abierta al exterior, lo que chocaba con el carácter obscurantista, que el régimen talibán quiere darle al país. La acción contra las ONG se inició el 29 de junio de 1998, bajo el pretexto de que estas organizaciones habían denunciado la prohibición a las mujeres afganas a trabajar, estudiar y recibir cuidados médicos. El 14 de julio de 1998, el gobierno talibán dio la orden a estas organizaciones de abandonar sus instalaciones y concentrarse en la llamada Escuela Politécnica de la capital. Esto significaba agruparlas en un gueto y privarlas del contacto directo con la población. Ante esta situación, la mayoría de las ONG decidieron abandonar el territorio afgano. Por su parte la Unión Europea decidió, el 19 de julio de 1998, suspender la ayuda que debía entregar el 1 de agosto y que se elevaba a 10 millones de euros.

El 20 de julio de 1998, los talibanes dieron un nuevo paso para convertir al país en un Estado islámico puro, al anunciar la supresión de todos los aspectos laicos de la Constitución y de las leyes afganas. Un grupo de teólogos, elegidos por el «emir» Mohamed Omar, habían trabajado durante dos semanas sobre la islamización de las leyes, terminando sus trabajos con la suspensión del Código Civil afgano y su sustitución por un documento musulmán suní.

El 16 de junio de 1998, el gobierno de los talibanes ordenó el cierre de todos los colegios privados femeninos y los centros de Formación Profesional, bajo el pretexto de que eran antiislámicos y una fuente de propaganda contra su régimen. La mayor parte de estos centros, para niñas menores de 12 años estaban financiados por ONG.





La dureza de los inviernos y la situación de guerra que vive el país han determinado la presencia del fantasma del hambre entre la población civil, máxime cuando en años normales, hay zonas del territorio donde las cosechas son insuficientes, como ocurre en las zonas ocupadas por los hazaras. La pobreza de la región montañosa central de Hazarajat —como en la provincia de Badakhohan, en el noreste— y la falta de alimentos, ya produjo en el año 1972 por lo menos 100.000 muertos. Ahora, la causa es el brutal bloqueo de los talibanes, que impiden los envíos de comida por carretera desde Kabul a Bamyán, por la WFP (*World Food Programme*) y el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Ante la intransigencia de los talibanes, durante el último invierno, se montó una operación de emergencia, por puente aéreo desde Pechawar, con autorización de Pakistán. Los cálculos efectuados señalan, que podrían estar en peligro de muerte por hambre unas 160.000 personas en Bamyán, a las que habría que añadir, aproximadamente, un millón en la región montañosa de Hazarajat.

Otro problema para el pueblo que vive en el límite de sus posibilidades proviene de la inflación. No hay confianza en la moneda nacional, el afgani, que permanecía estable y a una tasa de cambio de 20.000 por dólar, pero, a mediados de diciembre de 1997, el cambio cayó hasta los 28.000 afganíes por dólar. La explicación hay que buscarla en la inundación de dinero que los talibanes han hecho del mercado con billetes impresos en los Emiratos Árabes Unidos. En las áreas mantenidas por la alianza circula otra moneda, conocida con el nombre de «dostumi», cuyo cambio está establecido en 66.000 por dólar. Como resultado de la caída del valor de la moneda, los precios han crecido bruscamente, disminuyendo el poder adquisitivo de las familias. Para situar estos cambios en el contexto, la media de los salarios mensuales de los empleados del Estado está en unos 250.000 afganíes. Los rusos se encargaron de imprimir la moneda afgana —el afgani—, violando todos los reglamentos internacionales en este campo —es decir sin autorización del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI)—. Esta moneda fue inmediatamente introducida en Afganistán y sirvió para pagar a los funcionarios del Estado y a los combatientes, y también para «comprar» a «los señores de la guerra» y a algunos políticos. Desde 1995, el general Dostum imprime su propia moneda —el dostumi— y, al parecer Hekmatyar dispone de medios para hacer lo mismo.

La verdad es que los afganos no habían participado en esa especie de sentimiento común antiamericano extendido a través del mundo árabe. Y para los talibanes, la militancia islamista no está basada, específicamente, en un sentimiento antiamericano o antiisraelí. Antiguos *muyahidin*, hoy convertidos en talibanes, gozaron del apoyo americano, de todo tipo, en su lucha contra el invasor soviético. Es posible que haya un cambio después de que Estados Unidos bombardeara los campamentos, próximos a las ciudades de Khost y Jalalabad, cerca de la frontera paquistaní. Los objetivos no eran afganos, fueron las bases de Ossama Ben Laden, el islamista saudí, asentado en Afganistán, a quien Estados Unidos acusa de planear los atentados contra las Embajadas en Kenia y Tanzania. Pero, el ataque fue un insulto contra la soberanía nacional afgana, que se sintió de una manera muy particular, porque Ben Laden está considerado como un huésped.

No hay precisión sobre lo que verdaderamente fue alcanzado y las víctimas producidas. Pero hay seguridad de que Ben Laden sigue vivo y además, en sitio seguro. Al parecer murieron 15 personas en uno de los campos. Los otros campos, pertenecientes a los gru-

pos paquistaníes (*Harakat al-Ansary* y *Harakat al-Muyahidin*) que adiestran guerrilleros para combatir en Cachemira, también fueron alcanzados, con al menos siete muertos.

La reacción de Afganistán, un país que ha sufrido severamente por la intervención extranjera, fue airada. Miles de personas se lanzaron a la calle al día siguiente y en Jalalabad fue incendiada una instalación de Naciones Unidas. Dos representantes de este organismo fueron tiroteados en Kabul y, uno de ellos, el italiano Carmine Calo murió más tarde. Aunque las autoridades afganas prometieron justicia y salvaguardar a todo el personal de Naciones Unidas, este organismo los ha evacuado del país.

Los talibanes han permanecido leales a Ben Laden, prometiendo no entregarle a los americanos. No obstante, han habido ciertas señales de tensión después de que él prometiera, vía prensa internacional, venganza sobre:

«América y los judíos, así como liberar a las dos ciudades santas del islam.»

La presencia de Ben Laden sobre el territorio afgano coloca a los talibanes en un dilema. En un momento en que han conseguido unos éxitos militares decisivos en el Norte y controlan el 90% del territorio, pretendían conseguir el reconocimiento internacional de su gobierno, lo que no se considera probable en este momento. Es verdad que, Estados Unidos puede haber apoyado incluso de manera indirecta a los talibanes, pero la imagen medieval que proyectan y el *lobby* de las organizaciones feministas de Estados Unidos sobre las leyes draconianas, controlando la conducta de las mujeres, evidencian las dificultades de este apoyo. Hoy es imposible imaginar a Washington reconociendo al gobierno de los talibanes, permitiendo a sus representantes sentarse en Naciones Unidas o hablando con el FMI sobre préstamos u otras ayudas, mientras Ben Laden permanezca en el país.

El ataque americano ha producido otros problemas. La compañía petrolífera americana Unocal Corporation ha suspendido su plan para construir un gasoducto desde Turkmenistán a Pakistán, vía Afganistán. El proyecto de Unocal Corporation iba a ser una fuente importante de ingresos para los talibanes, que podían haber unido, a los que ya obtienen por la venta de heroína. También Pakistán ha salido perdiendo por la suspensión del proyecto.

Los voluntarios de las ONG también han abandonado Afganistán, con lo que la ayuda internacional, que ha constituido una fuente de ingresos y de servicios para el pueblo afgano, está bajo mínimos, aún cuando los trabajadores locales están tratando de continuar con los proyectos. La ausencia del personal de las ONG y de los periodistas, especialmente en el norte del país, ha tenido otras consecuencias. Las historias de las atrocidades cometidas por los talibanes en su avance hacia el Norte, no han podido ser corroboradas, aún cuando estas historias tengan ciertos visos de verosimilitud, especialmente cuando las víctimas pertenecen a la etnia hazara, quienes, además de haber infligido algunas derrotas a los talibanes, son objeto del odio de los talibanes por su condición de ser shiíes.

## **Operaciones**

Después de la retirada de las tropas soviéticas hicieron falta tres años para que la Resistencia entrara en Kabul —abril de 1992— eliminando al régimen procomunista. Los siete partidos integrados en la Resistencia quisieron repartirse el poder, cuando la realidad es

que carecían de madurez y de competencias para poder ejercerlo. Además, determinados personajes tuvieron la «feliz» idea de abrir las cárceles y de distribuir armas, lo que motivó que el bandidismo se desarrollara como un reguero de pólvora, de forma que el principal problema fue el de la seguridad. Cada barrio de la capital fue «tomado» por uno de los siete partidos, atribuyéndose el derecho de establecer *check-points*, de robar a la población y de someterla a todo tipo de exacciones. Desde el mes de junio de 1992 comenzaron los enfrentamientos armados entre las distintas facciones presentes en la capital por hacerse con el poder, provocando la salida de los diplomáticos extranjeros presentes en Kabul. Fue el desorden general y la razón de que los kabulíes vieran como una liberación la llegada de los talibanes. Según el testimonio del comandante Massud, «los locos de Dios» entraron en la capital sin disparar un tiro, porque las distintas facciones habían evacuado la capital para evitar un nuevo baño de sangre. Sí hubo enfrentamiento y victoria talibán al norte de Kabul, en la llanura de Chamali, donde las fuerzas de la Resistencia fueron sorprendidas por un ataque en masa, muy rápido, de los talibanes montados en vehículos *Toyota*.

El comandante Massud, con sus fuerzas se retiró al valle del Panshir, desde donde no dejó de hostigar las posiciones de los talibanes, quienes a primeros de enero de 1997 se apoderaron de la base aérea de Bagram y de la ciudad de Charikar, seguida, el 23 de enero, por la conquista de Djebel Sarag, donde tenía establecido su cuartel general el comandante Massud. La victoria de los talibanes fue de importancia porque, con sus conquistas controlaban la carretera del túnel estratégico de Sarang y la entrada del valle del Panshir. Por otra parte, los talibanes lanzaron una ofensiva contra las fuerzas del general Abdul Rashid Dostum en la provincia de Baghis, situada al noroeste de Afganistán.

El avance talibán fue obstaculizado por la destrucción de puentes y la realización deliberada de desprendimientos de tierras y rocas en las carreteras. Esta táctica impidió también el movimiento de los camiones de los comerciantes, dándole un duro golpe, a la ya débil economía afgana.

La lucha se centró también en el valle de Ghorband, defendido por las tropas shiíes de Abdul Karim Khaili. Al parecer, el avance talibán en esta zona fue bienvenido por los aldeanos, cansados de las exacciones de los jefes locales. El avance a lo largo del valle de Ghorband podía liberar los caminos, a través de las montañas hacia la base del general Dostum en Mazar-i-Sharif.

La oposición antitalibán ha contestado con acciones poco frecuentes de bombardeo de Kabul y, al parecer, ha habido sublevaciones de tribus en el Este del país, a principios de febrero. No obstante, la tendencia de la guerra está yendo claramente en beneficio de los talibanes y la oposición da la sensación de carecer de un plan de acción coherente. Mientras tanto, los civiles están llevando el peso de la guerra y los talibanes están procediendo a expulsar de los territorios conquistados a la población no perteneciente a la etnia pashtun, para evitar las revueltas. El hecho ha sido reconocido por los propios talibanes. «Les hemos pedido que abandonen el sector porque se sublevaron contra nosotros y transmiten nuestros secretos al otro bando», ha explicado a los periodistas el *mollah* Amir Mohammad, jefe de los talibanes en la ciudad de Gulbahar. Esta ciudad estaba habitada, en su mayoría, por tayikos. El resultado de esta deportación ha sido la llegada a Kabul, según fuentes de Naciones Unidas, de unos 100.000 refugiados, completamente desamparados y con muy poca protección ante el crudo invierno

La llegada de la primavera y el deshielo hicieron que todos los observadores esperaran la reanudación de los combates. Se prevía una ofensiva contra el general Abdul Rashid Dostum, que controlaba todavía cuatro provincias del Norte, aunque sus tropas habían perdido fuerza. Tanto más por cuanto la desertión del general Abdul Malik, cuyo hermano, Rassul Palawan, murió en extrañas circunstancias, después de haberse enemistado con Dostum, ha tenido como consecuencia la caída de la provincia de Faryab en manos de los talibanes. Por otra parte, la resistencia antitalibán ha sufrido un duro golpe con la captura de Ismail Khan y de 2.000 de sus hombres, que representaban la principal fuerza de resistencia contra los talibanes en el noroeste del país.

La desertión del general Abdul Malik, quien ha arrastrado consigo a la mayoría de las milicias uzbekas del general Dostum, ha determinado, por una parte, la huida de éste a Turquía, vía Uzbekistán, así como la del presidente Rabbani y varios miembros de su gobierno a Tayikistán y, por otra parte, la apertura a los talibanes del paso de Salang, que une el valle de Panshir, al nordeste, al resto de Afganistán. Pakistán, el mejor aliado de los talibanes ha sido el primer país en reconocer al régimen de los talibanes, reconocimiento que los *mollahs* afganos esperaban desde la conquista de Kabul en septiembre de 1996. A Pakistán seguirían poco después Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos.

El avance talibán le ha permitido hacerse con el control de las provincias de Baglan, Kunduz y Samangan, en el extremo norte del país. La provincia de Bamyan, en el norte del país, continuaba bajo control del Partido de la Unificación (*Hezb-e-Wahdat*) shiíes-proiraní, cuyos combatientes repelieron con éxito, hace pocos días, un ataque de los talibanes para apoderarse del estratégico paso de Shiber, al noroeste de Kabul. No ha corrido la misma suerte la provincia de Baghis, limítrofe con Irán, que ha pasado bajo control de los talibanes, a raíz de una sublevación militar, que ha tenido lugar en la provincia de Faryab, donde los generales de la «Alianza del Norte» se han pasado al bando talibán.

La oposición antitalibán constituye una alianza heterogénea y contranatura, compuesta de ex comunistas, antiguos *muyahidin*, combatientes shiíes-proiraníes y antiguas milicias uzbekas prosoviéticas. Esta «Alianza del Norte» carece de la cohesión política y táctica para hacer frente a la marea talibán. Además, es necesario tener en cuenta la complejidad del mosaico étnico y especialmente el apetito de poder de los numerosos jefes y jefecillos, cuyas traiciones se pagan en moneda contante y sonante. En este conflicto hay jefes de guerra, con un concepto tan laxo de la lealtad, que pueden cambiar de bando, varias veces, en 24 horas. Hay una expresión de la época en que los ingleses intentaban apoderarse de Afganistán, que afirma que:

«Se puede alquilar a un afgano, pero no se puede comprarlo.»

Esta expresión es también válida hoy. Por su parte, en el bando talibán, la cohesión tampoco es un hecho, dado la distinta procedencia de sus miembros, por lo que es creencia unánime que «los locos de Dios», tampoco conseguirán unificar a una nación desgarrada por tantos años de guerra.

El general Malik, al frente de las milicias uzbekas que le habían seguido en su desertión, entró en la ciudad de Mazar-i-Sharif el 24 de mayo de 1997 y con ánimo de congraciarse con sus nuevos aliados —los talibanes— su primera medida fue la de cerrar las escuelas femeninas. Al día siguiente, los talibanes entraron en la ciudad y se apresuraron a dictar

sus rigurosas normas, llegando incluso a nombrar un gobernador de la ciudad. Habitantes de ésta afirmaron que el intento de los talibanes de desarmar a los militantes del Partido de la Unificación —shiíes— en un barrio de la ciudad, fue la chispa que determinó el inicio de una serie de enfrentamientos. Una reunión entre el general Malik y el ministro talibán de Asuntos Exteriores, Mohamed Ghows, no arregló la situación y los combates dentro de la ciudad alcanzaron una violencia inusitada, hasta el punto que el 28 de mayo, los talibanes fueron expulsados de la ciudad, por las mismas milicias que les habían llamado, apoyadas por las facciones locales, perdiendo, entre muertos, heridos y prisioneros, más de 3.000 hombres, entre ellos al citado ministro de Asuntos Exteriores y al gobernador de la provincia de Herat, el *mollah* Abdul Razzak, siendo ambos ejecutados. Según se ha sabido posteriormente, los talibanes se consideraron tan seguros en Mazar-i-Sharif, que invitaron al embajador de Pakistán a la ciudad y transportaron a ella a varios oficiales superiores, que también fueron ejecutados. Varios miles de combatientes talibanes fueron enviados hacia el Norte, pero una maniobra del comandante Massud recuperó la ciudad de Jebel-i-Sarang, que guarda la entrada sur del túnel de Salang, cerrando la única carretera que une Kabul con Mazar, a través del Hindu-Kush, dejándolos cercados a la altura de la ciudad de Pul-i-Khumri, al norte del túnel de Salang.

Las derrotas sufridas por los talibanes en el norte de Afganistán dejaron la iniciativa de las operaciones en manos de la oposición. La conquista de Jebel-i-Sarang, por parte del comandante Massud, el 30 de mayo, y la ofensiva de las milicias shiíes-proiraníes del *Hezb-e-Wahdat*, que controlaban el valle de Ghorband, amenazaron la ciudad de Charikar y el aeropuerto de Bagram, a unos 50 kilómetros de Kabul.

Las milicias talibanes intentaron recuperar el territorio perdido y acudir en apoyo de sus fuerzas sitiadas en torno a Pul-i-Khumri. Los combates, de gran dureza, tuvieron un resultado alterno, pero sin llegar a desalojar a las fuerzas de la oposición de los alrededores de Kabul. Las fuerzas del comandante Massud parece que se detuvieron, deliberadamente, en las posiciones alcanzadas, a la espera de la llegada de las milicias shiíes del *Hezb-e-Wahdat* y de las milicias uzbekas del general Malik, que habían prometido su participación en el asalto final a la ciudad. No hay que desechar la idea de que las fuerzas antitalibanes del comandante Massud hubieran detenido su avance a la espera de que se declarara a Kabul ciudad abierta, extremo que siempre ha defendido el comandante Massud, para evitar un baño de sangre y una mayor destrucción de la capital. La interrupción dio también tiempo a los talibanes para pedir refuerzos a Pakistán. Islamabad negó oficialmente su apoyo a «los locos de Dios» y trató de justificar la presencia de paquistaníes entre los muertos y prisioneros de las acciones de Mazar, considerándolos como ex combatientes antisoviéticos, que después pasaron a integrarse con los talibanes. El apoyo paquistaní, a pesar de los desmentidos, no es ningún secreto y los *Hércules* C-130, del Ejército del Aire paquistaní, que transportaron 1.400 vehículos *Toyota 4 por 4* para los talibanes, cuando controlaron Mazar, se quedaron en el aeropuerto cuando la ciudad cambió de dueño.

Durante el mes de septiembre de 1997, los talibanes intentaron un ataque sorpresa sobre la ciudad de Mazar-i-Sharif, que fue rechazado pero consiguieron ocupar la importante y estratégica ciudad de Hayratan, sobre la carretera que une Mazar con el norte del país. El regreso del general Dostum a Afganistán, después de cuatro meses de ausencia, desde el «golpe» recibido de su subordinado, el general Malik provocó un enfrentamiento y un baño

de sangre entre facciones uzbekas, partidarias de uno y otro general, que aprovecharon sus diferencias para saquear las agencias extranjeras de ayuda, establecidas en Mazar. Sobre el terreno, ambos generales estuvieron maniobrando para atraerse a los combatientes uzbekos.

El hecho de que el conflicto de Afganistán no presente un frente continuo, nos ofrece operaciones de ambos bandos en puntos distintos y distantes. Así, mientras las fuerzas antitalibanes, a mediados de septiembre concentraban sus esfuerzos en torno a Kabul, los talibanes, por su parte centraron sus operaciones en torno a la ciudad de Mazar, donde tuvieron lugar duros combates. Pero lo que causó más daño a la ciudad fue el saqueo de ésta, llevado a cabo por las facciones, que precisamente la estaban defendiendo y pertenecientes a las milicias uzbekas, las shíies del *Hezb-e-Wahdat* y las del ex presidente Rabbani. Un año después de haber tomado Kabul, los talibanes no habían conseguido su objetivo principal, tantas veces aireado: establecer «su» paz en todo el territorio afgano. Lo que parecía que iba a ser un paseo militar, se les había puesto bastante cuesta arriba.

La estratégica provincia afgana de Faryab, en el noroeste del país, volvió a pasar a manos del general Dostum, a finales de noviembre de 1997. El perdedor, en este nuevo capítulo de la lucha por mantener el control de las zonas del país, fue el general Malik, quien se vio obligado a huir en helicóptero, en compañía de sus cuatro hermanos, a Turkmenistán, para pasar posteriormente a Irán.

A finales de diciembre de 1997, en la reconquistada ciudad de Hayratan, sobre el Amur Daria, tuvo lugar una reunión de los tres hombres clave de la alianza antitalibán. El comandante Massud, por los tayikos, el general Dostum por los uzbekos y el general Karim Khalili del *Hezb-e-Wahdat*. Los tres dirigentes estuvieron tratando de definir una estrategia común e, incluso, llegaron a la conclusión de que era necesario definir unos distritos de actuación, que tuvieran como base el criterio étnico. Los analistas consideran que este «frente unido» constituye más un proceso de intenciones que una realidad, por cuanto no es la primera vez que se ha intentado sin resultados positivos.

La resolución firmada en Hayratan declaraba que, cualquier miembro de la alianza no estaba facultado para negociar individualmente con los talibanes. Esto se incluyó, principalmente, para evitar que se repitieran las negociaciones que tuvieron lugar en el otoño del año 1997, en las que cada uno de los firmantes, realizó sus propias gestiones, sin tener en cuenta a sus socios, para el intercambio de prisioneros.

En el momento de la firma del documento, el general Dostum conservaba el control sobre la zona de Mazar, en el Norte, después de haber derrotado a su ex lugarteniente el general Malik, que se encontraba «invitado» en Teherán. Conviene señalar que Malik continuaba siendo oficialmente el ministro de Asuntos Exteriores del último gobierno del presidente Rabbani. Las fuerzas del comandante Massud se mostraban activas en el valle de Chamali, apenas a 25 kilómetros de Kabul, así como en el norte, cerca de Takhar. Las fuerzas shíies del *Hezb-e-Wahdat* estaban empeñadas al oeste de Kabul, en la provincia de Bamyan, así como cerca de Ghazni, al suroeste de Kabul.

A mediados de marzo de 1998, estallaron violentos combates en la ciudad de Mazar, entre dos facciones de las fuerzas antitalibanes. Las milicias uzbekas del general Dostum trataron de hacerse con el control de una parte de la ciudad, dirigida por las milicias shíies de

*Hezb-e-Wahdat*. Al parecer, fueron diplomáticos iraníes presentes en la ciudad, quienes consiguieron un alto el fuego, dejando la situación sin cambios. Estas milicias shiíes fueron precisamente las que se levantaron contra los talibanes, cuando se produjo la traición del general Malik y la entrada de «los locos de Dios» en la ciudad.

A primeros de julio de 1998, los talibanes lanzaron su gran ofensiva sobre las posiciones de la Alianza antitalibán al norte del país. El día 31 de julio se apoderaron de la base militar de Sheberghan, punto estratégico defendido por las fuerzas del general Dostum, situada a 120 kilómetros de la ciudad de Mazar-i-Sharif y base aérea de la «Alianza del Norte», cuyo portavoz señaló que en las operaciones participaron 12 aviones paquistaníes y unos 1.500 comandos paquistaníes, mandados por un coronel. A raíz de esta conquista, los talibanes amenazaron con hacerse con la única gran ciudad afgana que escapaba todavía a su control, Mazar-i-Sharif. Como consecuencia de esta amenaza, el CICR, el día 2 de agosto, envió un avión a esta ciudad para evacuar a los trabajadores que allí realizaban labores humanitarias, mientras que radio Teherán anunciaba la retirada de parte de su personal diplomático destacado en la zona. También abandonó Kabul la delegación especial de Naciones Unidas, enviada para negociar el retorno al país de las ONG, expulsadas el mes anterior. La delegación fracasó en las conversaciones y su jefe, Broniek Szylnalski, lamentó el fracaso porque suponía la pérdida de los programas de ayuda humanitaria, de los que dependían cientos de miles de ciudadanos que residían en la capital. Los talibanes habrían ocupado también la pequeña ciudad de Andkhoi, cortando la carretera que desde Sheberghan lleva a Turkmenistán.

Esta nueva ofensiva de los talibanes en el Norte tiene lugar después de las victorias conseguidas en el Noreste, donde, en el mes de julio, se apoderaron de la capital de la provincia de Faryab, Maymanah. Una pista aérea de fortuna, instalada en esta última ciudad serviría hoy para allegar refuerzos

El día 8 de agosto, los talibanes conquistaron la ciudad de Mazar-i-Sharif. Esta derrota de la «Alianza del Norte» supone un serio revés también para Irán, único país de la región que continuaba apoyándola política y financieramente. Desde la caída de Kabul, en septiembre de 1996, Teherán había trasladado su legación diplomática a Mazar-i-Sharif, que estaba unida, por un vuelo semanal a Meched, ciudad santa shií-iraní en el noreste del país. La milicia integrista de los talibanes, al ocupar la ciudad detuvo a 10 diplomáticos y a un periodista iraníes. Por otra parte, según ha informado Amnesty International, los talibanes habían procedido a realizar ejecuciones masivas.

El 11 de agosto, los talibanes ocuparon la ciudad de Taloqan, donde estaba situada la sede del Gobierno afgano del Norte y donde residía el presidente Rabbani. El 12 de agosto fue el turno para la ciudad de Hayratan, frente a la ciudad uzbeka de Termez, al otro lado del río Oxus, terminando con cualquier probabilidad de ayuda de Uzbekistán a la «Alianza del Norte».

Las noticias procedentes de la ciudad de Mazar-i-Sharif aseguraban que los talibanes dieron muerte, en el interior del consulado iraní, a los 10 diplomáticos y a un periodista iraníes, que habían detenido cuando conquistaron la ciudad. El *mollah* Mohamed Omar, que había jurado proseguir la guerra santa hasta llevar la fe de Mahoma a Nueva York, admitió que los diplomáticos y el periodista iraníes estaban «probablemente» muertos.

El 18 de septiembre, el portavoz de ACNUR, Kris Janowski, informó que los talibanes realizaron matanzas salvajes, principalmente contra los miembros de la minoría étnica hazara, cuando conquistaron la ciudad de Mazar-i-Sharif. Según los testimonios de supervivientes, que huyeron a través de las montañas hasta Pakistán, los talibanes realizaron una «gran masacre» por las calles el día que tomaron la ciudad. En los días siguientes recorrieron casa por casa, asesinando de manera sistemática a los miembros de la etnia hazara y de otras minorías étnicas, además de raptar a las mujeres, figura 3.

El primero de septiembre, más de 70.000 soldados del Ejército iraní comenzaron a desplegarse en una zona próxima a la frontera con Afganistán, con la finalidad, al parecer, de realizar unas maniobras militares. Los talibanes, por su parte, han comenzado a distribuir armamento entre los vecinos de la provincia de Nimroz, instándoles a luchar contra cualquier enemigo que penetre en su territorio. A unos kilómetros de distancia, sobre suelo iraní y en los campos de refugiados situados a lo largo de la frontera, más de un millón de refugiados afganos pidieron armas para retornar a su país y luchar contra los talibanes.

El 8 de septiembre, los talibanes intentaron bajar la tensión con el régimen iraní, declarando estar dispuesto a liberar a 45 iraníes que tenían en su poder. Entre estos ciudadanos iraníes no se encontraban los diplomáticos y el periodista desaparecidos. Al parecer, estos prisioneros son conductores de camiones, capturados también en Mazar. El responsable talibán de la Justicia, *mollah* Noor Mohamed Saqeb declaró, a través de radio Cheria, radio oficial de los talibanes que:

«Irán debería dejar de comportarse a favor de los enemigos del islam y poner término a sus amenazas militares injustificadas. Irán debería demostrar su buena voluntad y renunciar a la opción militar, si se considera un país musulmán. Los afganos saben como defender su país.»

En su declaración acusó también a Irán de querer devolver el poder al antiguo presidente Burhanuddine Rabbani.

En unas declaraciones del ministro iraní de Asuntos Exteriores, Kamal Jarazi, señaló que:

«La República Islámica de Irán tendrá en cuenta todas las posibilidades para liberar a los diplomáticos y al periodista retenidos por los talibanes. Esperamos que los talibanes respondan positivamente a las peticiones de Irán antes de que sea demasiado tarde, y libere a los iraníes que tiene en cautividad.»

Fuentes independientes consultadas por la agencia Reuter aseguraban que aviones iraníes aterrizaron en la base aérea de Bamyan, entre los días 11 y 13 de septiembre, transportando material militar de ayuda para los defensores de la ciudad. Las familias musulmanas shiíes, que vivían en la ciudad de Bamyan, capital de la provincia, temían que se produjera un baño de sangre, si las milicias talibanes conseguían apoderarse de la ciudad. La situación en esta provincia empeoró cuando los talibanes lanzaron una ofensiva, de gran importancia, desde la localidad de Baghlan, conquistando las localidades de Saighan y Kahmrad, alcanzando unas posiciones a 10 kilómetros de la capital.

El embajador talibán en Pakistán aseguró que los 10 diplomáticos y el periodista iraníes, desaparecidos durante la toma de la ciudad de Mazar, están muertos. El régimen de Kabul se ha desmarcado del hecho acusando a personas aisladas como responsables del crimen. El hecho ha provocado numerosas reacciones de condena, desde el Consejo de





Seguridad de Naciones Unidas, hasta el Gobierno de Pakistán, uno de los países más involucrados en el conflicto. Los Guardianes de la Revolución (*pasdaranes*) iraníes han pedido la inmediata detención de los autores de la matanza y la devolución de los cuerpos, y han amenazado con utilizar las fuerzas contra los talibanes. La amenaza más contundente ha sido la del ex presidente Hashemi Rafsanjani, quien hizo un llamamiento al pueblo para vengarse por el crimen, pero sin caer en la provocación. Rafsanjani afirmó que no se debería realizar una acción precipitada, «que es lo que quieren los talibanes».

El Gobierno iraní anunció el 12 de septiembre la movilización de 200.000 soldados para la realización de grandes maniobras militares en su frontera con Afganistán y exigió al régimen talibán la extradición de los responsables del asesinato el mes pasado de 10 diplomáticos y un periodista iraníes. Las maniobras comenzaron el pasado día 23 y serán las más importantes realizadas hasta la fecha por el Ejército iraní. A las fuerzas regulares se sumarán los 70.000 Guardianes de la Revolución, que, a primeros de este mes, participaron también en unos ejercicios en la zona fronteriza. Kabul, por su parte, sigue desmarcándose de los asesinatos de los diplomáticos y del periodista iraníes, asegurando que nadie del régimen lo ordenó y que los responsables serían sancionados cuando fueran capturados.

La tensión sigue creciendo entre Irán y Afganistán y al asesinato de los iraníes capturados durante la conquista de la ciudad de Mazar se ha unido la ofensiva desencadenada por los talibanes en la provincia de Bamyan, habitada por la comunidad hazara-shiíes, apoyada por el régimen de Teherán, y que el día 12 de septiembre había situado el frente tan sólo a cinco kilómetros de la capital de la provincia. Por su parte, en una entrevista difundida por el diario *Iran News*, el presidente Rabbani manifestó su deseo de que el Gobierno de Teherán:

«Aporte la ayuda necesaria a los refugiados afganos para que puedan regresar a Afganistán y participar en la *yihad* nacional y religiosa contra los enemigos de nuestro país (en clara alusión a los talibanes).»

El Consejo de Seguridad Nacional iraní ha examinado las medidas que deberá tomar Teherán para responder a los asesinatos de los diplomáticos y del periodista iraníes por los talibanes. En declaraciones recogidas por la agencia de noticias iraní, Irna, un miembro del Consejo explicó que esta instancia:

«Recomendó a las autoridades competentes en Irán, que consideren todos los canales posibles para proteger los intereses nacionales de Irán, y mantener la paz y la seguridad». En el Consejo se reiteró que «Irán se reserva el derecho a realizar cualquier acción apropiada.»

La tensión que se vive en la región a causa de la crisis entre Afganistán e Irán se agravó el 13 de septiembre por la noticia, confirmada por Teherán de que las milicias talibanes habían tomado la ciudad de Bamyan, bastión de la oposición shiíes-proiraní. Por su parte el viceministro de Información afgano, Mawlawi Abdur Rahman Hotak, lanzó el día anterior en Kabul un llamamiento a favor de la mediación de la comunidad internacional en el conflicto. Hotak declaró a la prensa que la ONU:

«No había reaccionado a la tensión creciente entre los dos vecinos.»

Los talibanes alternan las amenazas contra Irán, advirtiendo que la guerra «puede ser devastadora», con peticiones urgentes a la comunidad internacional, para que solucione la crisis, asegurando que «desean mantener conversaciones de paz».

## Negociaciones de paz

La importancia del conflicto afgano y los intereses de los actores principales implicados han determinado que, en numerosas ocasiones, se hayan desarrollado acciones para intentar unas negociaciones de paz.

En enero de 1997 tuvo lugar una reunión en Islamabad entre representantes del comandante Massud y del general Dostum, con una delegación de los talibanes. El encuentro terminó en fracaso por cuanto, los representantes de la «Alianza del Norte» exigieron la desmilitarización de Kabul, exigencia inaceptable para los talibanes.

El día 15 de enero de 1997, el ministro de Asuntos Exteriores paquistaní, Sahabzada Yakub Khan, hizo una visita a Teherán para entrevistarse con los dirigentes iraníes. El tema de Afganistán estuvo sobre el tapete, y como prueba, la declaración, por sorpresa, del viceministro iraní de Asuntos Exteriores, anunciando, el 22 de enero, que se había cursado una invitación al régimen de los talibanes para que enviaran una delegación a Teherán, para participar en una reunión interafgana, que tendría lugar días más tarde. Esta conferencia, al parecer, contaba con el patrocinio de Naciones Unidas. En principio los talibanes se negaron a asistir, porque Teherán apoyaba al presidente Rabbani. Las discusiones, patrocinadas por Naciones Unidas, al final, tuvieron lugar. No obstante, el representante especial del secretario general de Naciones Unidas para Afganistán, Norbert Holl, pudo solamente expresar su disconformidad, cuando las conversaciones celebradas a mediados de enero, fueron inmediatamente seguidas por una fuerte ofensiva, plena de éxitos, de los talibanes. Claramente, «los locos de Dios» creían que su victoria militar era muy posible y el alto el fuego pretendido por Naciones Unidas, solamente permitiría el reagrupamiento y reorganización de sus debilitados oponentes.

Ante el avance de los talibanes hacia las fronteras de la antigua Unión Soviética, a finales de mayo, Pakistán trató de organizar un encuentro entre un alto responsable ruso y un miembro del gobierno de los talibanes, a celebrar en Islamabad a principios de junio. El viceministro ruso de Asuntos Exteriores, Viktor Posouvaliuk viajó a primeros de mayo a Islamabad. Pakistán, por su parte invitó también al *mollah* Mohamed Ghows, ministro de Asuntos Exteriores de los talibanes, para un primer encuentro de las partes. Irán, por su parte, había pedido a Naciones Unidas que interviniera políticamente en Afganistán y prepara el terreno para la reconciliación en el país.

El ministro paquistaní de Asuntos Exteriores, Shahmshad Ahmed, anunció el día 17 de junio, que su país e Irán habían decidido cooperar para promover el diálogo entre las facciones afganas, con la finalidad de promover la paz. Se había llegado a este acuerdo, durante el curso de la visita del primer ministro paquistaní, Nawaz Sharif a Teherán. El anuncio del acuerdo coincidía con una información publicada por la AIP (*Afghan Islamic Press*), agencia basada en Islamabad, según la cual Irán había cerrado, a partir del 15 de junio, su frontera con la provincia afgana de Herat, en manos de los talibanes, impidiendo el paso y los intercambios comerciales.

Los esfuerzos oficiales paquistaníes estuvieron dirigidos a llevar a las dos partes en conflicto a unas conversaciones de paz. Islamabad nombró un enviado especial, Iftikhan Murshid, quien parece que había conseguido ciertos progresos para establecer una comi-

sión que resolviera temas tales como, la formación de un gobierno con la participación de varios partidos. No obstante, el «emir» Mohamed Omar reiteró su posición de que, en primer lugar, debían ser liberados los prisioneros talibanes, en manos de la oposición desde la batalla de Mazar. El general Malik, el vencedor de Mazar, por su parte, había negociado con los talibanes sobre la situación de estos prisioneros, exigiéndoles el cumplimiento de tres condiciones: dejarle el control exclusivo del Norte, fin de los intentos de desarmar a sus fuerzas y una «dispensa islámica». Como se puede ver cada «señor de la guerra» actuaba con completa independencia de los demás, poniendo de manifiesto que no tenían en común más que su deseo de expulsar a los talibanes, sin que esto signifique que después, ellos no vayan a disputarse el poder, como ya sucedió entre los años 1992 y 1996.

Mientras tanto, la oposición a los talibanes estaba todavía insistiendo en la desmilitarización de Kabul. Naciones Unidas estaba tratando de reanudar sus esfuerzos en busca de la paz y, a tal efecto, nombraron al experimentado diplomático argelino Lakhdar Brahimi, para darle a la mediación una nueva perspectiva. Conviene señalar que, un arreglo diplomático no tendrá lugar mientras uno de los dos bandos se crea con fuerza para derrotar militarmente al otro.

A primeros del año 1998, parecieron soplar vientos de paz en Afganistán. El gobierno de los talibanes y las facciones de la «Alianza del Norte» nombraron estudiantes religiosos, con la finalidad de buscar un arreglo que diera fin al conflicto. El presidente Rabbani apoyó el plan, pero otros líderes de la oposición se mostraron cautelosos, señalando que el problema afgano era también político y las negociaciones no deberían dejarse exclusivamente en manos de los estudiantes islámicos. La principal condición previa de los talibanes, para iniciar las conversaciones fue ampliamente cumplida, con la liberación de los prisioneros capturados, durante la desastrosa incursión en el Norte, en el pasado mes de mayo. Por su parte los talibanes también liberaron a algunos de los prisioneros en su poder. La iniciativa fue ampliamente apoyada por los países vecinos y, tanto Pakistán como Irán, moderaron su lenguaje.

En el mes de febrero de 1998 se celebró una cumbre en Teherán con ausencia de los talibanes. Se consideraron como condiciones para empezar a hablar de paz, el alto el fuego y el cese de los envíos de armas por los países que apoyan a los dos bandos. Se ofreció también, lo que podía ser una estructura útil para negociar un compromiso político y un acuerdo de paz. A la fórmula se le dio el nombre de «cinco más tres», que significaba abrir un diálogo entre todas las partes afganas reconocidas y representaciones de cada uno de los países vecinos de Afganistán —Irán, Pakistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Tayikistán— más Arabia Saudí, Kazakjistán y Kirguizistán. Si esta fórmula podía proporcionar, el tan esperado final del conflicto es una cosa que está por ver.

A pesar de las justificaciones éticas altisonantes del compromiso internacional, la realidad es que, la persistencia de la guerra se ha debido a la política. La defensa de los intereses nacionales, tales como los perciben los diferentes gobiernos, ha sido desde, en principio, la verdadera guía de las políticas exteriores en Afganistán, por encima de las declaraciones retóricas o deliberadamente engañosas. Pakistán e Irán han estado y siguen estando fuertemente implicados, apoyando respectivamente a los talibanes y a los partidos de la «Alianza Norte». Arabia Saudí no ha reparado en gastos para apoyar financieramente la ayuda paquistaní a los talibanes, mientras que la India, Uzbekistán, Tayikistán y Rusia, en diferentes grados, lo han hecho con la «Alianza del Norte».

Los dos bandos en lucha en Afganistán aceptaron reunirse en Islamabad el día 27 de abril, bajo los auspicios de Naciones Unidas. Este fue el resultado de un viaje relámpago —sólo ocho horas sobre el territorio— del embajador americano en Naciones Unidas y enviado personal del presidente Clinton, Bill Richardson, primera personalidad que pisaba el suelo afgano desde 1974. Richardson se reunió durante tres horas en Kabul con el *mollah* Mohammad Rabbani, número dos del régimen, antes de reunirse con los jefes de la oposición uzbeka, tayika y shií en Sheberghan, en el Norte.

A la espera de estas conversaciones, de las que no se sabía el nivel ni la agenda, las dos partes se comprometieron con Richardson en declarar un alto el fuego y los talibanes aceptaron «liberar, en un gesto de buena voluntad hacia la delegación americana», a un cierto número de prisioneros. Al parecer, los talibanes tendrían unos 4.000 prisioneros, mientras que la oposición podría tener a unos 3.000.

Richardson, valorando en su justa medida los primeros resultados, añadió:

«Queremos ver que hay algo más que palabras y promesas. Nos esperan muchas dificultades, pero hemos iniciado un proceso que podría llevarnos a negociaciones, bajo los auspicios de Naciones Unidas.»

Anunció también que los talibanes habían aceptado suprimir algunas de las restricciones que les habían impuesto a las mujeres.

Otro tema en el contencioso entre Estados Unidos y los talibanes era la presencia en la región de Kandahar del millonario saudí, Ossama Ben Laden, del que Washington pensaba que había financiado el atentado contra las fuerzas americanas en Dharhan en 1996. Al parecer, según Richardson, los talibanes le habrían prometido «apretarle los tornillos» e impedirle que utilizara Afganistán como base para realizar actividades terroristas.

La visita de Richardson, realizada en perfecta coordinación con Naciones Unidas, cuyo representante especial, Lakhdar Brahimi, acaba de realizar un viaje de tres semanas por la región, tenía la finalidad de subrayar el apoyo de la comunidad internacional en los esfuerzos de paz. A señalar que, en Naciones Unidas se había constituido un grupo de ocho países para tratar el tema de Afganistán, que reunía a los seis países vecinos de Afganistán más Rusia y Estados Unidos. Los embajadores de estos ocho países estuvieron discutiendo sobre la posibilidad de declarar un embargo de armas, ya que, como señaló el enviado especial de Naciones Unidas, Lakhdar Brahimi:

«Las armas no pueden llegar al país más que por tierra y aire a partir de los países vecinos.»

Las conversaciones preliminares se iniciaron pocos días más tarde y ambas partes se acusaron de no respetar el alto el fuego. La primera sesión de las conversaciones estuvo marcada por un llamamiento del *mollah* Mohamed Omar, «emir» de los talibanes, para una solución islámica del conflicto, que debería ser buscada por los *ulemas*.

«Ya habíamos sugerido esta fórmula de los *ulemas* y lo hacemos de nuevo, ya que no tenemos otra.»

Declaró el *mollah* Walki Ahmed Mutawakel, jefe de la delegación talibán.

Después de seis días de conversaciones, las negociaciones terminaron con un lanzamiento de acusaciones mutuas. Los talibanes se negaron a levantar el asedio a la región central —Hazarajat— y a permitir el envío de ayuda humanitaria, por cuanto permitiría el refuerzo con armas y municiones. Tampoco se llegó a un acuerdo sobre el intercambio de prisioneros y sobre el alto el fuego. Por último, los talibanes se obstinaron en que la solución al conflicto debía ser islámica y buscada por los *ulemas*.

La conquista de la ciudad de Mazar-i-Sharif y la salvaje represión de que fueron víctimas los individuos de la etnia hazara, así como el asesinato de ciudadanos iraníes ha motivado el despliegue en la frontera irano-afgana de un Ejército iraní de 200.000 hombres más 70.000 Guardianes de la Revolución. Ante la gravedad de la situación, los países que apoyan a los talibanes se han apresurado a mediar en un intento de que el conflicto no llegue a mayores. Es difícil saber si con estos intentos pretenden salvar a los talibanes de la «embestida» iraní o más bien se mueven por defender sus intereses en la zona.

El Consejo de Ministros saudí, bajo la presidencia del rey Fahd se reunió el 7 de septiembre y emitió un comunicado en el que pedía contención a las partes, al tiempo que hacía un llamamiento «para resolver sus diferencias pacíficamente».

Por su parte, Pakistán envió el pasado 17 de septiembre a su ministro de Asuntos Exteriores, Sartaj Aziz, a Teherán con un mensaje del primer ministro paquistaní, Nawaz Sharif, dirigido al presidente iraní Mohamad Jatami, sobre el conflicto. La llegada de Aziz a Teherán se ha producido en un momento en el que, gran parte de los dirigentes iraníes acusan a Pakistán de prestar apoyo a los talibanes. El número uno del régimen iraní, el ayatolá Ali Jamenei, acusó abiertamente al Gobierno de Islamabad de utilizar su Ejército y su Aviación, en apoyo de los talibanes en las últimas operaciones, lo que les han permitido la conquista de la región central, donde se encontraban las facciones shiíes de la oposición. El resentimiento iraní contra Pakistán se recrudeció aún más con la declaración de un diplomático iraní, que pudo escapar de la matanza de Mazar-i-Sharif, quien aseguró que entre las personas que asaltaron el Consulado iraní en esta ciudad, se encontraba un ciudadano paquistaní.

El lunes día 21 de septiembre, estaba prevista una reunión en Nueva York, en la que bajo los auspicios de Naciones Unidas, representantes de Estados Unidos y Rusia, junto con los de los seis países que tienen frontera con Afganistán, tratarán la crisis afgana, e intentarán tomar medidas para rebajar la tensión. Mientras tanto continúa el despliegue del Ejército iraní en la frontera con Afganistán, a los que se unirán unidades aéreas y de paracaidistas, para «hacer ejercicios que eleven la capacidad de combate». Mientras tanto, en un último desplante, el «emir» Mohamed Omar ha amenazado a Irán con «décadas de guerra si les ataca. Ya expulsamos a la Unión Soviética de nuestro país».

Los países vecinos de Afganistán, junto con Estados Unidos y Rusia, se han puesto de acuerdo sobre una fórmula de paz, en la que se hace un llamamiento al victorioso movimiento talibán, para que detenga su lucha y negocie una solución política, que incluya a todos los grupos étnicos del país. En apoyo manifiesto al llamamiento de paz, Arabia Saudí, uno de los defensores principales de los talibanes, anunció el día 22 de septiembre de 1998, que iba a retirar a su encargado de negocios en Afganistán y que iba a pedir al encargado de negocios afgano en Ryad que abandonara el país.

El grupo llamado «dos más seis», reuniendo a Estados Unidos, Rusia, Irán, Pakistán, China, Tayikistán, Uzbekistán y Turmenistán, se reunió en Nueva York, el pasado día 21 de septiembre de 1998 para aprobar un documento preparado por Estados Unidos. Las partes se pusieron de acuerdo sobre las diferentes posiciones comunes, incluyendo un alto el fuego, una solución política que incluya a todos los grupos étnicos de Afganistán y una investigación internacional sobre los amplios informes de matanzas, que incluyen a civiles y a diplomáticos extranjeros.

De igual manera, se hace un llamamiento para la liberación de los no combatientes y de otros detenidos, restablecimiento de las leyes internacionales básicas y de los derechos humanos y presentación ante los tribunales de los culpables de acciones contra los derechos humanos.

Los ocho Gobiernos se pusieron de acuerdo para mandar al enviado especial de Naciones Unidas, Lakhdar Brahimi a Afganistán para que realice un misión de investigación.

El acuerdo es el primero que reúne a los dos vecinos claves de Afganistán, Irán y Pakistán. Pakistán es el más directo partidario de los talibanes, mientras que Irán ha acumulado a más de 250.000 hombres, cerca de su frontera con Afganistán, a raíz de los últimos acontecimientos que han tenido lugar.

Los dirigentes paquistaníes han sugerido que, los talibanes «pueden estar fuera de control» últimamente, mientras que la llamada de los saudíes a su encargado de negocios, puede ser una respuesta indirecta al llamamiento de paz realizado por el grupo «dos más seis» en Nueva York.

### **Aspectos económicos**

El conflicto de Afganistán, además de las motivaciones étnicas, políticas o religiosas, presenta también un interés económico, en el que participan, además de las potencias de zona, algunos países de Occidente. El motivo es la posición privilegiada de Afganistán como Estado-tampón entre las repúblicas del Asia Central y el océano Índico, que lo convierten en paso obligado para la exportación de las riquezas mineras y de hidrocarburos de estas repúblicas, máxime cuando quieren evadirse del control ruso.

En este orden de ideas nos encontramos que Estados Unidos, a pesar de la neutralidad anunciada en los últimos meses en el conflicto afgano, los testimonios recogidos en el país por Oliver Roy, director de investigación en el CNRS (*Centre National de la Recherche Scientifique*), confirman los rumores, según los cuales los talibanes se habrían beneficiado de apoyos financieros exteriores, y especialmente por parte de Unocal Corporation, cuyo representante en Afganistán, Charles Franklin Sanders es un allegado de la CIA y del Departamento de Estado. El objetivo sería doble. En primer lugar, constituir un frente unido frente al Irán shií. Por otra parte, conseguir la estabilidad necesaria para las inversiones americanas en un país asolado por las luchas fratricidas después de la retirada del Ejército Rojo, en 1989.

La realidad es que los millones de dólares distribuidos desde Estados Unidos no ha dado todavía los resultados esperados. Ahora bien, ciertamente han permitido a los talibanes cambiar radicalmente antiguas alianzas tribales e ideológicas. Algunos «señores de la gue-

rra», cansados por los años de resistencia a la invasión soviética y después por las luchas por el poder entre antiguos combatientes, no han sentido escrúpulos por «cambiarse la chaqueta». Es el caso, por ejemplo del general Malik, quien en el verano de 1997, entregó a las milicias talibanes, sin disparar un tiro, cinco provincias limítrofes con Turkmenistán y Uzbekistán, fue el caso igualmente del persáfono suní Ismail Khan, emir de Herat, ciudad situada no lejos de la frontera con Irán. Al parecer, en septiembre de 1995, habría vendido esta posición eminentemente estratégica a las milicias talibanes antes de refugiarse en la República Islámica.

Pero el proyecto de gasoducto continúa en suspenso, y eso a pesar de las promesas de Unocal Corporation al Gobierno de Kabul y que, al parecer, se concretarían, en principio, en un donativo anual de 300 a 600 millones de francos franceses, en la limpieza de las minas sembradas por los soviéticos, financiada por Estados Unidos y con un coste superior a los 10 millones de francos franceses y en el dinero, sin que se pueda precisar la cantidad, que podía haber aportado la CIA a través de Pakistán.

La realidad es que, a nivel de las relaciones de Estado, Afganistán de los talibanes se ha enfrentado frontalmente a Estados Unidos cuando, en el otoño de 1996, dio cobijo en su país a uno de los hombres más buscados por los servicios americanos, el millonario saudí Ossama Ben Laden, sospechoso de apoyar numerosas redes extremistas a través del mundo.

El día 25 de octubre de 1997, la compañía americana Unocal Corporation creó un consorcio para la construcción de un gasoducto que uniera los yacimientos en Turkmenistán con Pakistán, a través del suroeste de Afganistán.

Las exportaciones esperadas de las repúblicas del Asia Central se estiman, en el horizonte de los años 2010-2015, entre 2.000.000 y 4.000.000 millones de barriles/día, si los numerosos problemas de evacuación hacia los grandes mercados de consumo se resuelven de aquí a esa fecha. En la hipótesis más optimista, estas exportaciones no cubrirían, en esas fechas, más que el 6 o 7% de las exportaciones mundiales, teniendo en cuenta que, aproximadamente el 60% correspondería a los países de Oriente Medio. El petróleo de Asia Central representa no obstante para los países consumidores dos ventajas principales. La primera es una mayor diversificación geográfica de los aprovisionamientos y una menor dependencia frente a los países productores de Oriente Medio. La segunda ventaja es que la producción de la región del mar Caspio constituye para Estados Unidos y los demás países industrializados, un medio suplementario de presión sobre la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), para evitar un fuerte aumento de los precios. Estos dos factores explican el interés primordial manifestado por los países occidentales por el aprovechamiento de los recursos en hidrocarburos de la región. Otro factor reside en la voluntad de Estados Unidos de consolidar la independencia económica de estas antiguas repúblicas soviéticas, para sustraerlas de la tutela de Moscú, así como eludir a Irán y abastecer de energía a Pakistán y a la India.

A primeros del año 1998, la Unocal Corporation, de Estados Unidos tenía previsto comenzar la construcción de un gasoducto desde Turkmenistán a Pakistán, vía Afganistán, a finales de año. Los 1.500 kilómetros, con un coste de 2.000 millones de dólares, podrían empezar el transporte de gas desde el campo de Daulatabad, en Turkmenistán, a la ciu-



dad paquistaní de Multan, hacia el año 2000, según declaró el representante de Unocal Corporation en Ashgabat, Gochmurad Nazdzhanov.

Unos 764 kilómetros del gasoducto, con una capacidad anual de 20.000 millones de metros cúbicos, pasarían a través de Afganistán, por territorio controlado por los talibanes. Éstos han recibido el proyecto con entusiasmo, aunque hay otros grupos que no se muestran de acuerdo. Nazdzhanov señaló a la agencia Reuter, el 30 de enero pasado, que las negociaciones con los líderes afganos se iniciarían a finales de marzo.

La mitad del dinero necesario para el proyecto sería proporcionado por el consorcio encabezado por Unocal Corporation, que incluye a la Delta Oil Company, de Arabia Saudí, la Gazprom de Rusia, la Itochu Corporation de Japón, la Hyundai Engineering & Construction Company de Corea del Sur y el Grupo Crescent de Pakistán. El resto del dinero —la otra mitad— sería proporcionado por los bancos internacionales, según Nazdzhanov.

El 29 de enero pasado, el presidente turkmeno Niyazov manifestó que buscaría garantías de seguridad por parte de Naciones Unidas para este gasoducto, que permitirá reducir la dependencia de los gasoductos pertenecientes a Gazprom, a través del territorio ruso. Niyazov, quien criticó a Rusia por, según afirmó, intentar mantener el control soviético sobre las fuentes de energía del Caspio, añadió que Turkmenistán sería capaz de proporcionar gas a Ucrania, vía Irán y Turquía, en un futuro previsible.

El Royal Dutch/Shell Group, recientemente, inició un estudio de seis meses para determinar la viabilidad del gasoducto.

La Monument Oil & Gas del Reino Unido, el año pasado completó otro estudio, a través de Irán, de un oleoducto desde el área de su concesión en Turkmenistán hasta el norte de Irán. Un socio de la Monument Oil & Gas está a punto de iniciar la producción de crudo con el objetivo de alcanzar los 20.000 barriles/día a finales de este año. La producción inicial será transportada por carretera o ferrocarril a través del territorio iraní, según una fuente de la compañía.

Los jefes de Gobierno de Irán, Mohamed Jatami, y de Turkmenistán, Saparmurat Turkmenbasi, inauguraron a mediados de febrero el primer gasoducto de 200 kilómetros entre los dos países, que se quiere extender hacia Europa, a través de Turquía para el año 2000. En la región desértica de Korpedzhe, en el este de la ex república soviética, los dos dirigentes hacían realidad el primer acuerdo de gas natural en Asia Central, sin la mediación de Rusia. Para algunos analistas, la ceremonia de inauguración supuso «el primer paso concreto» del gobierno de Ashkabat para desembarazarse del control energético de Moscú al este del mar Caspio.

El primer trazado desde los yacimientos de gas de Korpedzhe hasta el noroeste de la ciudad iraní de Kord Kuy, supone dar la «llave» al Gobierno de Teherán para el transporte del «oro blanco» vía Occidente. Los ayatolás se mostraron, desde el principio, muy interesados en el proyecto, como prueba que lo hayan financiado en un 80% del total del coste, que alcanzó los 190 millones de dólares. Esta financiación permitirá a Irán consumir el gas turkmeno en los próximos 25 años a muy bajo precio. Por otra parte, la construcción del gasoducto supone un «cheque en blanco» para las grandes multinacionales, que, ante las amenazas de Estados Unidos de no hacer negocios con Irán, mantienen algunas reservas a invertir con el Gobierno de Teherán.

La reacción inmediata ha sido que la multinacional petrolera Shell ha dado su acuerdo a los ministros de energía de Turquía, Turkmenistán e Irán, para participar en el proyecto de construcción de los 1.300 kilómetros de gasoducto con destino a Occidente, con un coste inicial de unos 2.000 millones de dólares.

En el mes de diciembre de 1997, cuatro dignatarios afganos talibanes desembarcaron de un helicóptero sobre una plataforma de sondeo en el golfo de México, perteneciente a Unocal. Los *mollahs* representaban al gobierno talibán y su visita, a invitación de la multinacional americana, tenía por objeto inspeccionar el último grito en equipos de sondeo en aguas profundas.

El proyecto de gasoducto a través de Afganistán ha encontrado en Estados Unidos la fuerte oposición de las organizaciones feministas, en razón de lo que llaman el «*apartheid* sexual» que sufren las mujeres afganas, a las que el régimen talibán les prohíbe frecuentar las escuelas, los hospitales y los lugares públicos. Las militantes feministas han presionado al Congreso, al Departamento de Estado, a la Casa Blanca y a Naciones Unidas para impedir a Washington que reconozca al gobierno talibán, mientras no cambie de actitud con respecto a las mujeres. Sin este reconocimiento, se considera imposible a las instituciones internacionales financiar el proyecto de Unocal. El principal representante de los talibanes en Estados Unidos, Abdul Hakim Mudjahid, se ha extrañado de la reacción de las organizaciones feministas americanas, cuando:

«El 99% de las afganas son favorables a nuestra política con respecto a las mujeres y solamente el 1% de ellas se manifiestan partidarias de una liberación de tipo comunista.»

A pesar de las incertidumbres, Unocal decidió proseguir con sus operaciones. Así, en octubre pasado, la compañía anunció la creación del consorcio internacional para la construcción del gasoducto, que uniría Turkmenistán con Pakistán, vía Afganistán y para evitar todo tipo de susceptibilidades, a mediados de noviembre pasado, Unocal abrió un centro de formación en la Universidad de Omaha, en Nebraska. Allí aprenden 137 afganos las técnicas de construcción de gasoductos. En 1998, este centro debería recibir a mujeres afganas, que serían formadas para desempeñar puestos de secretariado y en los oficios del sector terciario. Los dirigentes de Unocal Corporation han explicado que la compañía tiene previsto dar trabajo tanto a hombres como a mujeres. Existe también un proyecto de formación de mujeres en el mismo territorio afgano.

Las propuestas para la construcción de gasoductos y oleoductos para la exportación de las riquezas del mar Caspio cayeron una tras otra a mediados de marzo, cuando los promotores del proyecto a través de Afganistán anunciaron que suspendían el proyecto indefinidamente. La Unocal Corporation de Estados Unidos, que encabezaba un consorcio para construir un gasoducto desde Turkmenistán a Pakistán, a través de Afganistán, señaló que el esquema «no es financieramente posible, mientras haya una guerra civil en Afganistán». Turkmenistán había confiado en que los trabajos empezaran en el presente año, pero el vicepresidente de la Unocal Corporation, Marty Miller, que también dirige al consorcio Centgas —formado por Delta Oil Company, de Arabia Saudí; Ituchu Corporation e Inpex Natuna, de Japón y la Hyundai Corporation, de Corea del Sur y otros accionistas más pequeños— aseguró el pasado 11 de marzo, que lo más pronto que la construcción podría empezar sería en el año 1999. Dado el clima político regional, el proyecto podía demorarse

durante otros cinco años, durante los cuales podrían ponerse en funcionamiento los gasoductos de la competencia. Miller señaló que Centgas había hecho gestiones con el Banco Mundial y con otras agencias multilaterales de financiación, pero nadie se había mostrado interesado.

Los retrasos en la construcción de los gasoductos y la fuerte concurrencia para obtener mercados, junto con la falta de entendimiento sobre los gastos de transporte del acuerdo, que la ex república soviética tenía con la compañía rusa Gazprom, han hecho que las exportaciones de gas turkmeno hayan descendido. Las exportaciones hacia Rusia proporcionaron a Turkmenistán 957 millones de dólares en 1996 y 234 millones de dólares en 1997. Durante este año, las únicas exportaciones fueron con dirección a Irán, a través de un pequeño gasoducto, y no pasarán de los 4.000 millones de metros cúbicos.

Ante esta situación Turkmenistán está ofreciendo la venta de gas a compañías extranjeras, desde el campo de Deryalyk, situado en la frontera de Turkmenistán con Uzbekistán, dejando a las compañías interesadas la tarea de negociar los acuerdos necesarios de tránsito con los países vecinos. Las compañías interesadas deberán comprar, inicialmente, un mínimo de 20 a 25 millones de metros cúbicos al año, aumentando posteriormente hasta los 40 a 50 millones de metros cúbicos. El precio será de 35 dólares los 1.000 metros cúbicos. El comprador deberá pagar por adelantado una parte del importe total del gas, o bien tener su compra avalada por un banco occidental de prestigio.

Los talibanes han dictado severas medidas contra los consumidores de droga, azotándolos en público, sumergiéndolos en agua fría y llegando a ejecutarlos en caso de que fueran reincidentes. El consumo de opio no pertenece a la cultura de Afganistán, aunque sí las del hachís, pero los talibanes se han dado cuenta, muy pronto, de los beneficios que podía reportarle el cultivo de la planta de la adormidera.

Se estima por algunas fuentes que 1.400.000 granjeros, sobre una extensión de 80.000 hectáreas se dedican hoy al cultivo de los campos de adormidera, en las zonas controladas por los talibanes, con una fuerte concentración en las provincias de Kandahar y Helmand. Además el cultivo es muy interesante por cuanto necesita poco agua, crece sobre suelos pobres y resiste bien a las plagas. Al parecer una verdadera «Yalta de la droga» se ha acordado entre Afganistán y Birmania, el otro gran productor. El primero abastece a Europa y el segundo lo hará en Estados Unidos. Según las estimaciones del Programa de Drogas de Naciones Unidas (PNUCID), la producción afgana sería de unas 2.800 toneladas de opio al año, es decir aproximadamente la mitad del opio que se vende en el mundo.

En una entrevista concedida por el «emir» Mohamed Omar y publicada por la revista *Politique Internationale*, afirmaba que el dinero deducido sobre el comercio ilegal del opio y de la heroína estaba sujeto a:

«Una tasa impositiva del 20%, de acuerdo con los principios del islam.»

La acusación de la exportación de la droga afgana ha sido precisada en una declaración muy inhabitual, publicada por el Consejo del Clero Musulmán de Pakistán y difundida en Pechawar, por el periódico en lengua pashtun *Wahdat*. Según el documento, la mayor parte de las mafias afganas, que controlan la producción de la heroína, han reagrupado sus 85 centros de fabricación en nueve pueblos o aldeas del distrito de Ghanikel, en la provincia de Nangarhar, entre Kabul y la frontera paquistaní. Según el documento publicado

por *Wahdat*, los jefes mafiosos reciben de los talibanes permisos de fabricación y de exportación a cambio de una tasa sustancial, pagada por cada kilogramo de heroína producido. En el año 1997 esta tasa ha supuesto unos 9.000.000 de dólares.

Después de que tanto Irán como Pakistán hayan reforzado la vigilancia de sus fronteras, los traficantes de opio, para transportar parte de la droga se han vuelto hacia las cinco ex repúblicas soviéticas en Asia Central. La carretera Khorog-Osh, entre Tayikistán y Kirguizia se ha convertido en la ruta vital para la salida de la droga. Al parecer, cerca de 2.000 camiones utilizan cada mes esta ruta de 1.500 kilómetros, que atraviesa pasos a más de 4.000 metros. Unas 60 toneladas de opio pasan cada año por esta vía. «Es por esta razón que hemos decidido concentrar nuestros esfuerzos sobre ella», explica Bernard Frahi, responsable de la región en el seno del PNUCID. A primeros de mayo de 1997, los Gobiernos tayiko, kirguizio y uzbeko firmaron en Osh, un Tratado de Cooperación con el PNUCID. En este Tratado, dotado con 2.000.000 de dólares, se tiene previsto la instalación de un sistema de comunicaciones fronterizo y reforzar o crear varios puestos fronterizos, así como la organización de secciones antidroga. Un primer paso que no soluciona el problema de la corrupción: Policías y Guardias de Fronteras están mal pagados y, con frecuencia, con retraso.

El 23 de noviembre de 1997, los talibanes se comprometieron a erradicar todos los cultivos de opio en las regiones que controla en Afganistán. Este anuncio constituye el primer signo tangible de la voluntad de los integristas de aceptar un plan de erradicación, propuesto por Naciones Unidas. Hasta el presente, a pesar de las condenas por el consumo de drogas —el Profeta no había prohibido cultivarlas— los talibanes habían dejado proliferar su cultivo y el tráfico del opio. En alguna ocasión el «emir» Mohamed Omar había expresado que gracias a la droga «podremos pudrir a Occidente».

Recibido en Kandahar el director del PNUCID, Pino Arlacchi, el *mollah* Mohamed Hassan, gobernador de la provincia indicó que «las dos partes habían llegado a un acuerdo para trabajar juntos» con la finalidad de eliminar el cultivo de la amapola. Ante un grupo de periodistas occidentales, el *mollah* Hassan añadió que, su gobierno había pedido a Naciones Unidas que le proporcionara los medios:

«Para ayudar a los campesinos, a desarrollar los cultivos de sustitución y terminar con el del opio.»

La primera etapa del plan propuesto por Pino Arlacchi es sin duda modesta: se trata de eliminar a partir de la próxima estación de siembra, «todo cultivo de amapola en los tres principales distritos de Kandahar», donde la producción es superior al 7,5% de la del conjunto de Afganistán. En un primer tiempo, el plan tendrá una dotación de 3,8 millones de dólares.

En los 10 próximos años, un presupuesto total de 250 millones de dólares permitirá, en opinión de Pino Arlacchi:

«Erradicar gradualmente el cultivo del opio y consolidar los logros de una tal evolución.»

Está por ver si los talibanes van a convencer a 1,4 millones de campesinos dedicados a este cultivo, para que abandonen lo que representa unos ingresos fáciles en un país asolado por 18 años de guerra. Se ha iniciado la distribución de semillas de trigo y de maíz, que los avispados campesinos utilizan para rotar los cultivos en sus parcelas y así mejorar la producción de amapolas.

Se ha iniciado otra línea de actuación que consiste en comprar, con financiación internacional, en el mercado de Jalalabad los paquetes de siete kilogramos de pasta de opio por 50.000 pesetas. Pero con escaso éxito, por cuanto por el mismo paquete se puede obtener el doble.

### **Repercusiones en el entorno**

Cada vez que los talibanes en su progresión hacia el Norte se han acercado a las fronteras de Afganistán con las ex repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán, tanto estos países, como la propia Rusia han manifestado su inquietud, aún cuando «los locos de Dios» hayan manifestado en varias ocasiones, que no constituirán una amenaza para Rusia y los países del Asia Central. Pero, no han sido solamente estos países los que han manifestado su preocupación ya que, tanto Irán como la República Popular de China, por unas razones u otras, siguen con atención el desarrollo de los acontecimientos.

En el extremo noroeste de China se encuentra la provincia de Xinjiang, nombre chino del Turquestán Oriental. La provincia está habitada por unos 18 millones de personas distribuidos entre un 47% de uighurs, un 37% de chinos (*hans*), 7,5% de kazakhs y un 8,5% de mongoles, kirguizes, uzbekos y tayikos. En esta región autónoma, los uighurs, musulmanes suníes, han visto como el régimen de Pekín ha llevado a cabo una política de colonización, a base de chinos de la etnia han, de forma que en los últimos 50 años, el porcentaje de éstos ha pasado del 4% al 37% actual. La finalidad de esta política ha sido desactivar los deseos secesionistas de la población mayoritaria de la provincia.

El régimen de Pekín ha ido alternando la política del «palo y la zanahoria». Así, en la provincia no se da trabajo a los uighurs, se les prohíbe tener más de dos hijos. Se les obliga a pagar fuertes impuestos y cuando no pueden pagarlos se les confiscan las tierras. Cuando no se les detiene o se les ejecuta bajo la acusación de «separatismo». Deseosa de mejorar su imagen ante el mundo árabo-musulmán, la República Popular de China ha multiplicado sus gestos de buena voluntad hacia estos musulmanes turcofónos: vuelta al alfabeto árabe para transcribir el uighur y el kazakh, apertura de un instituto de teología islámica y de numerosas escuelas coránicas, traducción de El Corán al uighur, multiplicación de las mezquitas en la región, etc.

En la provincia, en el polígono de Lop Nor, tienen lugar los ensayos nucleares desde 1964, sin ninguna protección para las poblaciones locales y su subsuelo rebosa de riquezas naturales: petróleo, con unas existencias estimadas en más de 200.000 millones de barriles; gas natural y carbón.

Con una extensión de 1,6 millones de kilómetros cuadrados, la provincia de Xinjiang, además de ocupar una posición estratégica esencial, de siempre ha servido de glacis al mundo chino frente a las «amenazas» procedentes del Oeste, de origen ruso en la época colonial, soviético durante la guerra fría y, en adelante, islámico o democrático, después de la explosión de la Unión Soviética y la reconfiguración del Asia Central que ha tenido lugar a continuación. Durante los últimos 15 años, Xinjiang ha estado sacudida por una serie de sobresaltos independentistas, aunque esporádicos y de débil amplitud, pero que han sido seguidos con mucha inquietud por las autoridades chinas.

Las informaciones relativas a las fuerzas que se oponen a la política de Pekín son escasas. No obstante, existe una nebulosa en el seno de la cual emergen pocos movimientos sólidamente estructurados. Se pueden distinguir dos tipos de movimientos:

- Formaciones políticas implantadas en el extranjero y reclutando en el seno de las diásporas uighurs o kazakhs
- Estas formaciones en el «exilio», que hasta el presente han privilegiado la acción pacífica, a pesar de que su discurso en ocasiones ha sido virulento, parecen aisladas de las realidades locales y tienen una representatividad dudosa. Dos movimientos, uno implantado en Kazajistán y el otro en Turquía, han dado señales de vida en los últimos años.
- Organización por la Libertad de Uighurstán, dirigida por Hashir Vahidi, antiguo responsable militar de la efímera república del Turquestán Oriental de los años cuarenta. Refugiado en Kazajistán en 1955. Su movimiento reivindica 7.000 militantes en toda el Asia Central, aunque este número está muy por encima de la realidad.
- Frente Nacional Unido Revolucionario del Turquestán Oriental (FNUR). Esta formación, implantada después de largo tiempo en Turquía, ha estado dirigida hasta principios de los años noventa por Aysa Beg, un antiguo «señor de la guerra» de Xinjiang de los años treinta, antaño próximo al Kuomitang y refugiado en Estambul desde el año 1949. El FNUR parece haber conocido una reestructuración en el curso de los últimos años, bajo el impulso de su nuevo jefe, Yusupbek Mukhlissi, responsable, al principio de los años noventa, del Comité del Turquestán Oriental. Instalado en Alma Ata, Yusupbek Mukhlissi se ha mostrado muy activo con ocasión de los disturbios de la primavera de 1996, difundiendo a los medios extranjeros numerosas informaciones sobre la situación en la provincia y sirviendo de portavoz de los movimientos que actuaban en el interior de Xinjiang.

#### *Grupúsculos clandestinos armados operando en el interior de Xinjiang*

Esta resistencia del «interior», además del trabajo de propaganda política, no duda en recurrir a la violencia armada. Dos tendencias parecen distinguirse, un poco a imagen de la situación que prevalece sobre la escena insurreccional de Cachemira. En primer lugar, un movimiento puramente nacionalista, implantado principalmente entre los uighurs y que encarnan el Frente de Liberación del Uighurstán, el Movimiento de Liberación de los Uighurs y el Movimiento de Liberación del Turquestán. Este último grupúsculo sería el responsable de la campaña de atentados con explosivos, cometidos en agosto de 1993, en las principales ciudades de la región. Grupos, con un reclutamiento más específicamente kazajo, se habrían manifestado también, en particular en la región de Yili. La resistencia antichina se manifiesta igualmente por una serie de movimientos con connotaciones más islamistas como, el Partido Islámico del Turquestán Oriental, responsable de la sublevación de Aktuch, en la primavera de 1990, y el Partido de la Reforma Islámica, del que cinco militantes, acusados de haber cometido una serie de atentados en Urumqui, en febrero de 1992, fueron ejecutados el 30 de mayo de 1995.

La profusión de denominaciones y de acrónimos nos permiten pensar que el movimiento armado, luchando contra la presencia china en Xinjiang está constituido por grupúsculos mal armados, poco estructurados y muy vulnerables. Algunas de las formaciones presentadas, formadas de pocos individuos, han sido completamente desmanteladas por las

Fuerzas de Seguridad chinas. Pero la reconstitución de los grupos y la renovación de sus activistas aparecen relativamente rápidas. Nuevos grupos han aparecido con ocasión de los disturbios de la primavera y del verano de 1996, como el Movimiento Antorcha de la Patria o el de los Tigres del Lop Nor, dirigido por Ghapar Shakhjar, ambos, al parecer con unos 2.000 hombres. Apoyados por grupos políticos implantados en Kazajistán, como el FNUR, y en Kirguizia, como el partido uighur *Ittipak* (Unión), los activistas turcofonos parecen igualmente haber conseguido establecer contactos con los movimientos afganos y cachemires, gracias a los cuales han conseguido armas.

Un acuerdo de cooperación, firmado el 24 de abril de 1997, entre China, Rusia, Tayikistán, Kirguizistán y Kazajistán, durante la visita a Moscú del presidente chino Jiang Zemin, ha consagrado el compromiso de las repúblicas del Asia Central, de no servir de santuario a los separatistas uighurs, de los que unos 350.000 viven en el exilio en Asia Central.

Un grupo empresarial, el Xinjiang Production and Construction Corps (XPCC) constituye el instrumento de control del Partido Comunista chino sobre las fuerzas musulmanas que buscan la independencia. Dependiente del Ministerio de Agricultura, el grupo está formado por 172 granjas estatales y docenas de fábricas, hoteles y restaurantes y controla un tercio de la producción económica de la región autónoma de Xinjiang y según se afirma en la revista china *Económica Review*, gestiona campos de internamiento para prisioneros.

La XPCC, con línea aérea propia, así como compañía de seguros, escuelas, hospitales y milicia, se estableció a principios de los años cincuenta, al igual que organizaciones similares se han establecido en otras regiones chinas, de mayoría étnica no mandarina, como Mongolia y Tíbet, para trabajar las tierras baldías usando mano de obra civil y prisioneros. Su plantilla es de unos 2.000.000 de personas, de las cuales sólo el 11,8% son de la etnia uighur o de otras minorías, y no en puestos directivos.

Preocupados por evitar una Chechenia dentro de sus fronteras, las autoridades chinas adoptaron una serie de medidas de alerta a finales de 1996 y así, en una circular interna del comité central del Partido Comunista, difundido en las unidades de trabajo de Xinjiang, se les incitaba a «todos los cuadros de la etnia tienen que velar por la estabilidad social y a luchar contra el separatismo».

En la región autónoma de Xinjiang y a partir de la primavera del año 1996 se ha notado una renovación religiosa islámica, especialmente en la juventud, que se ha provocado en las mezquitas y que ha salido a la calle, donde han aumentado los velos y las ropas tupidas, en contraposición a las vestiduras occidentales que llevan los han. El gobernador de la región, Abdulhat Abdurixit, reconoció en mayo de 1997, la aparición de un nuevo partido islamista denominado el Partido de Alá.

Paralelamente a esta renovación religiosa, sopla sobre la región autónoma de Xinjiang un viento de nacionalismo, cuyo principal origen ha sido la independencia ganada, a principios de los años noventa, por las cuatro antiguas repúblicas musulmanas soviéticas —Kazakjistán, Kirgnizistán, Uzbekistán y Tayikistán— y la apertura de 13 puestos fronterizos con sus países vecinos.

Tener frontera con un Afganistán, dominado por «los locos de Dios», constituye un riesgo de consecuencias impredecibles y ésta es la razón por el que la República Popular de

China sigue con atención el desarrollo de los acontecimientos, por cuanto atribuye a los talibanes la efervescencia de la militancia musulmana entre los grupos étnicos.

La política afgana de Islamabad es compleja, ambivalente y evolutiva en función de los acontecimientos. Su hilo conductor descansa sobre la instrumentalización de la cuestión pashtun, con la finalidad de avasallar a su vecino. Durante largo tiempo, el Afganistán «ideal» para Islamabad debía ser independiente, (para que sirviera de glacis, antes frente a la Unión Soviética y hoy frente a las repúblicas del Asia Central, a Rusia y a Irán), dominado por los pashtunes (para que fuera manipulable), pero étnicamente heterogéneo, económicamente débil y políticamente inestable. Un Afganistán fuerte haría planear el riesgo de constitución de un eje Kabul-Nueva Delhi, susceptible de coger de revés a Pakistán y de reducirle su profundidad estratégica frente a la amenaza india. Se corría también el riesgo de que presentara la reconsideración de la línea Durand (que sirve de frontera entre ambos países desde 1893 y que corta en dos la zona habitada por los pashtunes) y lanzar así la idea del «Gran Pastunistán», reuniendo a los pashtunes afganos y a sus hermanos paquistaníes, llamados pathanes.

En este orden de ideas, el 9 de septiembre de 1978, Zia-ul-Haq, que había derribado al gobierno Bhuto el año anterior, se reunió con Nur-Mohamed-Taraki en Paghman, cerca de Kabul, con la finalidad de conocer las intenciones del régimen revolucionario afgano, en relación con sus relaciones con Pakistán. La entrevista, la verdad sea dicha, no le dio muchas seguridades, fue la firma de un tratado de amistad ruso-afgano en Moscú, el 5 de diciembre de 1978 y la intervención soviética en diciembre de 1979, lo que acabaron de alertar definitivamente a Pakistán sobre la gravedad de la situación. El país se encontraba amenazado entre dos aliados de la Unión Soviética y además, en un momento en que sus relaciones con el aliado americano pasaban por uno de sus peores momentos. Los propósitos de un general paquistaní son muy significativos:

«He comido muchos sándwiches de pollo, pero es la primera vez que me doy cuenta de lo que es ser pollo.»

Pakistán había acogido desde antes del año 1978 a los *muyahidin*, que utilizaban su territorio como base retrasada de sus actividades. En cuanto el régimen comunista se instaló en Kabul, los movimientos afganos se organizaron y declararon la *yihad* contra el gobierno comunista, considerado como «antiislámico». Islamabad fingió desconocer la existencia de estas actividades «subversivas» y rechazó diplomáticamente todas las acusaciones.

Ante la indiferencia de la América carteriana, debilitada moralmente por la cuestión de los rehenes americanos en Teherán, Zia buscó reforzar sus lazos con la China Popular:

«La piedra angular de todo el edificio son nuestras relaciones con China. Estas relaciones nos han dado una enorme fuerza moral y material. La ayuda que hemos recibido de China, desde 1966, se cifra en más de 2.000 millones de dólares». Pero siguió haciendo llamamientos a Estados Unidos, para que «se despertara y volviera a desempeñar el papel que les correspondía en el mundo.»

El día 4 de enero de 1980, durante su alocución televisada, Carter anunció que su país iba a ayudar a Pakistán a enfrentarse a la amenaza soviética. Por su parte el consejero del presidente americano, Zbigniew Brezinski, afirmó que Estados Unidos estaba dispuesto a «recurrir a la fuerza armada» para proteger a Pakistán, conforme a las prescripciones de la Organización del Tratado de Asia del Suroeste (OTASE).



El ISI (*Inter-Service Intelligence*) fue el organismo encargado por el poder político-militar de Pakistán, para tratar con los partidos de la Resistencia afgana todas las cuestiones políticas y militares, mientras que el comisariado para los refugiados afganos se ocupó de los exilados que se habían visto obligados a atravesar la línea Durand y establecerse en Pakistán. El ISI, estando encargado de canalizar todas las ayudas, tanto financieras como militares, tenía entre sus manos el medio de presión más formidable sobre los partidos afganos:

«Este Departamento controla la concesión de las armas y de las municiones; su distribución a los jefes de los *muyahidin*; el adiestramiento de los *muyahidin* en Pakistán; la concesión de los fondos procedentes de los Gobiernos americanos y saudíes; la planificación estratégica de las operaciones en el interior de Afganistán.»

El ISI, de hecho usó y abusó de su posición para realizar sus propios «objetivos», haciendo buena la máxima de «dividir para reinar».

De una manera general, los paquistaníes realizaron una sangría, que podía variar del 10 al 100% de todas las ayudas de todo tipo, que se recibieron para ayudar a los afganos, combatientes y refugiados. Ya no se trataba de la pequeña corrupción de los policías, los agentes del comisariado para los refugiados o la Special Branch, que se ocupaba de los actos administrativos de los afganos en el exilio. Y esto a pesar de que el presidente Carter, en su alocución televisada del día 4 de enero de 1980 anunció que se iba a:

«Proporcionar a Pakistán equipos militares, productos alimenticios y una asistencia de diversos tipos, para ayudarle a defender su independencia y su seguridad nacional, contra las amenazas seriamente aumentadas a las que debía hacer frente en dirección al Norte.»

Hubo pues, una ayuda a Pakistán y otra para los afganos, que acabó en gran parte en manos de los paquistaníes.

El ISI se convirtió en un Estado dentro del Estado. Privilegió a unos partidos afganos sobre otros, consolidó las posiciones sobre la frontera con el pretexto de controlar los abastecimientos, cuando en realidad lo que quería era proteger la frontera paquistaní, dio prioridad a las facciones que combatían en la región de Kabul. Aprovechó ampliamente la guerra de Afganistán para convertirse en un órgano potente y eficaz, al servicio del Estado paquistaní y, entre 1980 y 1983, llegó a doblar sus efectivos. Cuando en 1984, William Casey, jefe de la CIA, hizo una visita a Pakistán, se mostró muy satisfecho de las actividades del ISI y de su desarrollo, de forma que, a su vuelta a Washington, dio unos informes tan positivos sobre el ISI que, desde 1985, el montante de la ayuda americana para los *muyahidin* se dobló.

Las diferencias entre los americanos y el ISI empezaron a manifestarse entre la retirada soviética de 1989 y 1990. El ISI acusó a los americanos de impedir que los *muyahidin* consiguieran una victoria total. Al parecer, los americanos en cuanto vieron que los rusos estaban dispuestos a marcharse, decidieron impedir que los fundamentalistas islámicos conquistaran el poder en Kabul. Las relaciones se hicieron más tensas, cuando se hizo más evidente para los americanos que el ISI quería que se instalara en Kabul un régimen islámico, de tipo fundamentalista. En la práctica, hasta un 70% del apoyo logístico se entregaba a los partidos fundamentalistas y Estados Unidos creyó que esta distribución estaba motivada por razones políticas.

La política afgana de Zia-ul-Haq, abiertamente favorable a los *muyahidin*, fue muy atacada por dos partidos políticos paquistaníes: el PPP (*Pakistan People Party*), dirigido por Benazir Bhutto después de su vuelta del exilio en 1986 y el *Awami National Party*, fundado por Khan Abdul-Ghaffar-Khan. En relación con Afganistán, mientras el PPP estuvo en la oposición, sus propósitos hostiles a los *muyahidin* y a los refugiados afganos, estaban más motivados por el odio que se sentía por la política de Zia, que por antipatía hacia los afganos, combatientes y refugiados. No obstante, conviene recordar que la familia Bhutto estuvo exiliada en Kabul, donde establecieron ciertos lazos con los dirigentes comunistas en el poder y los Bhutto se sentían más próximos al régimen «democrático» de Kabul, que al régimen militar de Zia, movido por un islamismo de apariencia.

La posición del PPP, en la oposición, era que la presencia sobre suelo paquistaní de 3.000.000 y medio de refugiados afganos, era la causa de todos los problemas del país y que lo mejor era devolverlos a su país. La posición era francamente antiafgana e insistía sobre la necesidad de una paz con el régimen comunista de Kabul. Este tipo de declaraciones tenía la propiedad de irritar a los dirigentes de la Resistencia y de asustar a los refugiados, que temían que Benazir ocupara el puesto de primer ministro, como así sucedió, después de haber ganado las elecciones de noviembre de 1988.

La actitud de Benazir con relación a la cuestión afgana cambió por completo después de su llegada al poder, provocando la estupefacción general. El sentido de las responsabilidades o, mejor todavía, el peso de las realidades le hicieron comprender, que todo cambio radical de la política afgana del Pakistán, sería susceptible de llevar al país a una situación catastrófica y que su gobierno tendría los días contados.

Benazir reunió el 10 de diciembre de 1988 a los altos funcionarios de los diversos sectores de la Administración civil y militar, para presentarles la reorientación de la política paquistaní sobre la cuestión afgana. Pero la clave de todo cambio en el comportamiento del Ejército, necesario para permitir la vuelta de la supremacía del civil sobre el militar, era efectuar cambios en el seno del ISI. En efecto, gracias a la guerra de Afganistán, el ISI se había convertido en un estado dentro del Estado. Y en ese Estado estaba la «célula afgana», que era su verdadero centro nervioso. Era allí donde era necesario estar destinado si se quería prestigio y dinero.

La solución que se ofrecía a Benazir Bhutto para debilitar al ISI y por tanto al Ejército, era la de modificar la política paquistaní sobre la cuestión afgana. La primer ministro optó entonces por una solución política y negociada de la guerra de Afganistán, abandonando la opción militar. A esta opción, Benazir añadió la supresión de la «célula afgana» y el cambio del director general del ISI, nombrando al teniente general retirado Chamsurrahmane Kalu.

A partir de mayo de 1989, la actitud paquistaní sobre la cuestión afgana cambió de manera ostensible, lo que se manifestó para los partidos islamistas, que hasta entonces se habían beneficiado de hasta un 80% de la ayuda recibida, por una revisión de la distribución de la ayuda, reequilibrándola a favor de los partidos más moderados, que vieron su situación mejorada. Había otra finalidad en la medida y era contraatacar a las acciones del ISI, que mantenía unos estrechos lazos con los partidos afganos islamistas, con el objetivo de establecer en Afganistán un gobierno de esta tendencia. El pensa-

miento de Benazir Bhutto, hasta su destitución en 1990, era el de no favorecer el establecimiento de un régimen fundamentalista en Afganistán, por los problemas que le podían suponer a Pakistán.

Hay una teoría que señala que los vaivenes que ha sufrido la guerra de Afganistán, no han sido más que el resultado de una confrontación paquistaní-paquistaní, con proyección sobre aliados interpuestos en Afganistán. Así, los partidarios de Benazir Bhutto —el ministro paquistaní del Interior, Nassirullah Babur y el coronel Imam— habrían financiado y apoyado a los talibanes para eliminar a Hekmatyar, y, por tanto, atacar al ISI y a sus conexiones políticas, que eran los partidarios del ex primer ministro, Nawaz Charif y del partido político *Jamaat-Islami*, es decir «los hijos de Zia-ul-Haq». Hay que señalar que Benazir Bhutto siempre encontró la hostilidad de estos partidos, que defendían la permanencia de las situaciones conflictivas en Afganistán y en Cachemira, apostando por un poder político más fuerte —se sobreentiende dirigido por un hombre y no por una mujer— y apoyándose en el Ejército. Es interesante señalar a este respecto que los talibanes, que querían aplicar la *sharia*, de la misma manera que los otros partidos, declararon, desde el principio, su hostilidad contra los partidos islamistas afganos y contra el wahabismo, y manifestaron su preferencia por una sociedad en la que reinara un islam suní de tipo «tradicionalista-rigorista».

Según el plan inicial del equipo de Benazir Bhutto, los talibanes debían hacerse con el poder en Kabul y, como buenos khandaharis —Kahandar es la cuna de la monarquía afgana— hacer un llamamiento al rey para que, abandonando su exilio en Roma, volviera para dirigir el país. El desarrollo de los acontecimientos posteriores nos dibuja un escenario con unos cambios sustanciales. Hoy, más que nunca, los talibanes parece que no se muestran como unos fieles seguidores de la política paquistaní. Incluso aunque se admita que los talibanes fueron una creación de Pakistán, la realidad es que hay sospechas fundadas para decir que están «fuera del control paquistaní».

En septiembre de 1998, la crisis afgana ha entrado en una nueva fase y los talibanes deben ser conscientes de que, hasta el momento, han tenido una fácil cabalgada. Los enemigos internos de los talibanes tienen ahora sus espaldas contra la pared, pero fuera del país hay hoy unos poderes, incluyendo a Irán y a Estados Unidos, que están lo suficientemente alarmados, como para amenazarlos seriamente. Falta saber si los talibanes han aprendido lo suficiente en estos dos últimos años, como para ver las ventajas de un acuerdo, aunque sea de compromiso.

Si hasta el año 1994, el papel de Irán parecía menor, en comparación con los otros actores regionales; el régimen islámico no había conseguido implantarse realmente en el territorio afgano, y Teherán quería presentarse como promotor de la paz, enviando de vez en cuando misiones de buenos oficios y algunos aviones de ayuda a los refugiados de Kabul, Mazar o Jalalabad. No obstante, después de 1994, a raíz de una disputa con el jefe del partido shií *Wahdat*, Abdul-Ali Mazari, el régimen iraní se aproximó a la coalición gubernamental, contribuyendo con esta decisión a producir una escisión en el seno de movimiento shií-afgano. Esta facción disidente, liderada por el ayatolá Sayed Akbari, apoyada militar y financieramente por Massud e Irán, en perjuicio de la corriente principal, aprovechó la debacle provisional de los talibanes y la derrota del *Wahdat*, en marzo de 1995, para ocupar, en lugar de este último, los barrios oeste de la capital y hacer un llamamiento a las

poblaciones shíies de estos sectores para que colaboraran con el Gobierno. No contento con esto, Akbari, apoyado por Massud y por las fuerzas de Ismail Khan, atacó en junio de 1995, Bamyan, bastión del *Wahdat*, defendido por Karim Khalili. No obstante, el ataque fue detenido, en julio de 1995, por los combatientes del *Wahdat*, apoyados por los refuerzos que envió el general Dostum desde Mazar-i-Sharif.

A partir de la conquista de Herat por los talibanes, a primeros de septiembre de 1995, el viceministro iraní de Asuntos Exteriores, Alaeddine Brudjerdi pasó más tiempo en Afganistán, que en su propio país. La finalidad de su intensa actividad no era otra que reunirse con las distintas facciones rivales, para unir las en torno a la coalición gubernamental del profesor Rabbani, con el objeto de prevenir una victoria de los talibanes en Kabul, lo que constituiría una derrota para la política regional de Teherán, marcada por su rivalidad con Islamabad y Ryad. Del 3 al 5 de marzo de 1996, Rabbani hizo un viaje oficial a Teherán y el presidente iraní Rafsanjani le aseguró su apoyo total, afirmando que representaba el único poder legítimo que Irán reconocía en Afganistán.

Durante la crisis diplomática entre la coalición gubernamental de Kabul e Islamabad, que llevó a la conquista de Herat por los talibanes, los iraníes apoyaron a Kabul y acusaron a Islamabad de poner en peligro la estabilidad regional. A su vez, Islamabad acusó a Irán de haber armado a los partidarios de la coalición gubernamental, con la intención fallida del 16 de octubre de 1995, para reconquistar Herat. Pero el día 9 de enero de 1996, después de cuatro meses de escalada verbal, a raíz de un viaje de Benazir Bhutto a Teherán, los dos países firmaron un protocolo, para afirmar que los dos países actuarían en adelante por medios pacíficos para arreglar el conflicto afgano. Además, Teherán, para calmar la tensión regional, organizó a mediados de febrero de 1996, unas conversaciones entre el ministro de Asuntos Exteriores de Kabul, Najib Lafrayi, y el viceministro de Asuntos Exteriores paquistaní, Najmudine Cheikh, con la finalidad de normalizar las relaciones entre las dos partes. Las conversaciones no tuvieron éxito y en cuanto a los acuerdos firmados fueron pronto papel mojado.

Después de los años sesenta, se estableció un flujo migratorio desde Afganistán hacia Irán, rico en petróleo y en pleno crecimiento económico. Entre estos afganos que fueron a trabajar a Irán hubo una fuerte proporción de hazaras. Los shíies como los iraníes, hablando persa, los hazaras tienen rasgos mongoles muy marcados. Algunos aseguran que son los descendientes de las hordas de Gengis Khan. Han sido siempre despreciados por los otros grupos étnicos de Afganistán, que son todos suníes. El territorio de los hazaras, en el macizo central, fue autónomo hasta su conquista, a finales del siglo pasado, por el emir Abdur Rahman, fundador del Afganistán moderno. La colonización que siguió a la conquista fue acompañada por la expulsión de los campesinos hazaras y la llegada de pashtunes —la etnia predominante en el país— y de nómadas del Sur. Los territorios hazaras fueron divididos en dos provincias de mayoría suní, después de 40 años, muchos hazaras emigraron hacia Kabul y Mazar-i-Sharif, donde ocupándose de pequeños oficios han llegado a constituir una burguesía comerciante, pero excluidos de la política. Han emigrado también masivamente a Irán, donde fueron alcanzados por el renacimiento shíi que constituyó el prelude a la Revolución islámica iraní.

El golpe de Estado comunista y la invasión soviética de Afganistán fue el momento de la revancha de los hazaras. A partir del verano de 1979, liberaron su territorio y expulsaron a los nómadas y a la administración pashtun. Un conflicto interno opuso a los notables tradi-

cionales y a los jóvenes *mollahs*, que habían vuelto de Teherán y la tendencia proiraní y radical, triunfó. En 1989, en el momento de la retirada soviética, los iraníes ejercieron sus buenos oficios para conseguir la reconciliación de todos los hazaras, que se unieron en el *Hezb-e-Wahdat*, con el propósito de hacer sentir su peso frente a los partidos suníes, que se beneficiaban del apoyo paquistaní y americano. El *Hezb-e-Wahdat* milita por el reconocimiento de la minoría hazara: redistribución de las provincias, con la finalidad de hacer aparecer un «Hazaristán», reconocimiento del derecho shíí en igualdad con el derecho suní, participación en el gobierno.

La irrupción de los talibanes y sus conquistas han sido la mayor amenaza que han conocido los hazaras desde hace un siglo. Los talibanes encarnan a la vez una doble venganza, la de los pashtunes y la de un fundamentalismo suní violentamente antishíí. Odiados étnica y religiosamente, los talibanes los consideran no musulmanes y por tanto, hacen con ellos lo que no hacen con sus otros enemigos afganos. Esta es la razón por la que se han conocido los raptos de mujeres y el degüello de los hombres, al más puro estilo de las prácticas del Grupo Islámico Armado (GIA) argelino, figura 4.



**Figura 4.-** *Combatientes shiíes y hazaras.*

Antes de 1978, se estimaba que vivían en Irán de 600.000 a 800.000 afganos, cifra que había subido hasta los 2.500.000 en el momento de la guerra Irán-Irak. Los refugiados afganos en Irán, aprovecharon la falta de mano de obra creada por la guerra con Irak, encontrando fácilmente trabajo; por otra parte, el Gobierno iraní se habituó a su presencia y les hacía venir desde el mismo Pakistán, proponiéndoles salarios tentadores, medicina gratuita. La provincia de Khorassan, su capital Meched y Teherán fueron sus principales lugares de reagrupamiento. Contrariamente a los que sucedía en Pakistán con los refugiados afganos, los hazaras tuvieron sus libertades restringidas, hasta el punto de que no podían desplazarse libremente por el territorio iraní. Decenas de miles de refugiados fueron retenidos en campos, en el desierto de Seistán, en condiciones poco humanas. Los *pasdaranes*, no teniendo en cuenta los derechos ofrecidos por las leyes, cometieron todo tipo de exacciones, avivando entre los hazaras un sentimiento de injusticia. Llegó un momento en que fueron privados del acceso a los hospitales y sus hijos impedidos de acceder a las escuelas. A los que conseguían vencer las molestias administrativas y querían salir provisional o definitivamente de la patria de Revolución islámica, dirigiéndose a Pakistán, por el Beluchistán, o intentaban alcanzar Afganistán por la frontera meridional, menos peligrosa que la occidental, les esperaban «los señores» de la zona para despojarlos de todo lo que llevaban de valor.

Irán es mucho más modesto que Pakistán en sus objetivos afganos. No busca imponer un nuevo gobierno o dominar el país. No se opusieron a los soviéticos y en septiembre de 1995 dejaron sin respuesta la conquista de la ciudad fronteriza de Herat por los talibanes. Admiten la preponderancia de los pashtunes y el papel dominante jugado por Pakistán. Pero los iraníes conocen también su historia y recuerdan que en el año 1722, una incursión de las tribus pashtun se apoderó de Ispahan, masacrando a los shiíes y zoroastrianos y acabando con la dinastía de los sefévidas.

Teherán ve a los talibanes como una marioneta antiiraní o como un cliente de Arabia Saudí, esencialmente sirviendo los intereses regionales del imperialismo americano. Una iniciativa conjunta de paz fue organizada por Pakistán e Irán en julio de 1997, después de un largo periodo de rivalidad regional, abierto con frecuencia por las amargas críticas de uno y otro, por sus políticas sobre Afganistán. Se realizaron visitas de buena voluntad y se subrayaron con insistencia las buenas y «fraternales» relaciones entre los dos países. Incluso así, cada uno apoya a las fuerzas opuestas y tienen políticas incompatibles en Afganistán. El representante especial de Naciones Unidas, Norbert Hall, afirmaba en octubre de 1997 que «...la paz no es posible... sin la cooperación de Pakistán e Irán».

En todas las conversaciones sobre la paz afgana, el hecho delicado es que ambos bandos están claramente determinados a seguir luchando. Incluso aunque la «Alianza del Norte» aparezca vacilante, los elementos shiíes han demostrado su voluntad de hacer frente al desafío de los talibanes. Sucesivas iniciativas de paz han sido organizadas por Naciones Unidas, pero han terminado en fracaso. La condición fundamental para la paz estriba en la reducción del dinero extranjero y del armamento que alimenta esta guerra.

Irán condenó los ataques de Estados Unidos sobre Afganistán y Sudán e incluso hicieron un llamamiento para que el presidente Clinton fuera juzgado por haber ordenado los bombardeos. Pero la condena encerraba el regocijo de Irán al ver a los talibanes humillados por los americanos. En efecto, hay un regusto amargo de derrota en Teherán por las con-

quistas de los talibanes, que se ven como un retraso para los intereses estratégicos regionales de Irán. La creencia general es que un régimen anti Irán, antishií, con tintes fundamentalistas, podía solamente traer otro periodo de inestabilidad sobre las fronteras orientales de Irán. Y puede que no le falte razón si se recuerda que pasó con los diplomáticos y el periodista iraníes, cuando los talibanes conquistaron Mazar-i-Sharíf.

Las relaciones con Pakistán han estado entre las primeras víctimas de la nueva crisis, a pesar del hecho de que los dos países han tenido buenas relaciones durante años. Así, en la guerra Irán-Irak en el año 1990, Islamabad proporcionó adiestramiento a militares iraníes, a cambio de productos petrolíferos. El ministro paquistaní de Asuntos Exteriores ha subrayado que los recientes acontecimientos no tienen porque nublar las relaciones entre los dos países, pero la realidad es que en Teherán la disposición de ánimo es beligerante.

La política iraní sobre Afganistán ha tenido varios errores, que ahora se han puesto de manifiesto. Teherán se equivocó al no dar a Afganistán la atención que requería, a partir de los años noventa, por estar embebido en otros problemas. Se mostró partidaria de las facciones más pequeñas pero, en su criterio, «ideológicamente correctas» y, finalmente, se equivocó al no ponerse de acuerdo con Pakistán sobre el tema.

Durante varios años, los críticos de la política oficial sugirieron un mayor apoyo para el presidente afgano Burhanuddin Rabbani o bien una más pragmática aproximación a los talibanes. Pero el ministro iraní de Asuntos Exteriores, Ali Velayati, durante largo tiempo ignoró la advertencia. Cuando se produjo la reacción iraní, fue débil y lenta y los intentos realizados por los gobernantes iraníes para alcanzar un arreglo internacional fracasaron. El objetivo más inmediato ahora de Teherán es la seguridad, de todo tipo, de sus fronteras y prevenir un posible desbordamiento de la lucha hacia el territorio iraní. Irán desea también tener la seguridad de que los talibanes no desencadenan una limpieza contra los grupos étnicos más pequeños del país y no sólo el de los shiíes. Solamente si esto sucediera, se podía esperar la emergencia de un régimen en Afganistán, que no estaría totalmente subordinado a potencias extranjeras, particularmente Pakistán.

En la situación planteada después de la conquista de Mazar-i-Sharíf y de Bamyan, Irán se considera con las manos libres para responder a lo que considera provocaciones, y ese es el clamor que se extiende por todo el país, por parte de los partidarios de «la ley del talión». Es posible que los estrategas iraníes hayan estudiado dos opciones: realizar unas respuestas «quirúrgicas» por medio de la aviación o misiles, y la segunda podría concretarse en una conquista territorial limitada, del tipo «zona tampón», similar a la que Israel tiene en el sur del Líbano. Queda una tercera, más indirecta, que consistiría en organizar una guerrilla antitalibán, con base en los campamentos de refugiados, próximos a la frontera entre los dos países, combinándola con un mayor apoyo a los tayikos del comandante Massud, que son persáfonos. Por lo pronto, y con anterioridad a los últimos acontecimientos, Irán aumentó considerablemente la vigilancia en su frontera, para hacer frente al tráfico de drogas, procedente de Afganistán, no dudando en utilizar procedimientos expeditivos, para disuadir a los traficantes.

La *yihad* llevada a cabo por los *muyahidin* afganos tuvo un gran impacto en la *umma*, confiriéndole a Afganistán una importancia notable en la lucha que mantienen Teherán y Ryad, por el liderazgo en el mundo islámico. Al igual que los iraníes, los saudíes han querido

tener sobre el terreno una representación. A fuerza de dinero han conseguido instrumentalizar una facción disidente del *Hezb-i-Islami*, aliada del wahabismo, el *Ittihad*, cuyos militantes han combatido de forma regular a los shiíes del *Wahdat* en Kabul. Los objetivos de Ryad no son otros que contraatacar las ambiciones de Teherán, en Asia Central, estableciendo un polo hostil sobre el flanco oriental de Irán

A raíz del fracaso del intento de golpe de Estado en Moscú, el 19 de agosto de 1991, en menos de un mes, las distintas repúblicas que constituían la Unión Soviética fueron declarando su independencia. Los nuevos Estados independientes del Asia Central, a diferencia de los Estados bálticos y de los eslavos, se mostraron, desde el principio, unos fervientes partidarios de firmar el tratado por el que se constituyó la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y, posteriormente los acuerdos de defensa común. Esto no tiene otra explicación que las relaciones de interdependencia que se habían establecido, desde hacía tiempo, entre los dirigentes de estas repúblicas y Moscú.

Los dirigentes soviéticos habían establecido un sistema de control que consistía en permitir que los dirigentes locales, fieles a Moscú, se instalaran de una forma duradera a la cabeza de su Estado, a condición de que sirvieran fielmente los intereses del Kremlin. A cambio, estas nomenclaturas podían organizar sus redes clientelistas, que es tanto como decir mafiosas, y disponer de medios que les permitieran no sólo mantenerse en el país, sino también enriquecerse personalmente. Todas las repúblicas musulmanas del Asia Central y Azerbaiyán, en 1996, estaban todavía dirigidas por los antiguos responsables comunistas, que habían aprendido como hacerse elegir o reelegir, con unos resultados que permitían adivinar la irregularidad de los procesos electorales.

Las razones que empujaron a Moscú a continuar apoyando a los dirigentes «ex comunistas» de las repúblicas musulmanas, para que se mantuvieran en el poder eran esencialmente de tres tipos:

- Intereses económicos, dada la interpenetración y la interdependencia de las economías de las repúblicas de la antigua Unión Soviética, una brusca ruptura de los cambios podía ser catastrófica, tanto para unos como para otros.
- El problema de los colonos rusos, que fue uno de los informes más importante a los que se enfrentó Moscú, cuando se desmembró el Imperio. Un censo hecho en 1985, reveló que en los cinco Estados musulmanes del Asia Central vivía una población de 9.400.000 rusos. Rusia no podía humanamente absorberlos, ya que constituiría una catástrofe para el país. Baste recordar los problemas para repatriar a sus fuerzas de ocupación en la Europa del Este, que debieron sufragar los Estados ocupados.
- El temor al expansionismo islamista, para el Kremlin, le llevó al mantenimiento de los ex comunistas a la cabeza de los Estados musulmanes de Asia Central y del Cáucaso, *era absolutamente necesario para impedir la implantación de los movimientos islamistas en el poder*. Moscú temía que Irán y sobre todo Afganistán, después de la victoria de los *muyahidin* y de la caída del régimen prosoviético de Najibullah, en abril de 1992, se desarrollara su influencia regional y prepararan el terreno para otras «revoluciones islámicas» en la zona.

Tayikistán es el Estado más pequeño, el más pobre y por muchos aspectos, el más vulnerable de las nuevas repúblicas musulmanas, salidas de la explosión de la Unión Soviética.



tica. El periodo colonial soviético ha marcado profundamente el país, además del aberrante trazado de las fronteras, engendrando, al menos tres grandes obstáculos suplementarios:

- Una diferencia profunda entre el Norte, rusófilo, más abierto a la modernidad, más industrializado y económicamente dominante y un Sur, con una economía agrícola y unos comportamientos arcaicos.
- Una economía «colonial», dominada por el monocultivo del algodón, que ha llevado a una situación ecológica dramática, a un desarrollo fracasado y a la búsqueda de unas alternativas peligrosas como el cultivo de la amapola.
- La insuficiencia de élites locales, dada la presencia y la omnipotencia de una importante comunidad rusa, que en 1990 era superior a 400.000 personas y que controlaban el país.

Se estima actualmente que podría haber entre 8.000.000 a 10.000.000 de tayikos, repartidos sobre cinco Estados. La comunidad más importante o entre 4.000.000 a 5.000.000 se encuentra en Afganistán, donde constituye alrededor de la cuarta parte de la población y habita en el nordeste y en el oeste del país. En Tayikistán podría haber más de 3.000.000 es decir los dos tercios de la población mientras que cerca de 1.000.000 viven en Uzbekistán. En Kirguizia y en la provincia china de Xinjiang existen pequeñas comunidades, que podrían tener cada una de ellas unas 30.000 personas.

Los tayikos se distinguen porque se identifican con todos aquellos que tengan por lengua materna el persa, en relación con los turcofónos, que hablan el uzbeko, el kirghize o el turkmeno y esto, cualquiera que sea la amplitud de las diferencias que prevalecen entre los «tayikos de la ciudad», que hablan con frecuencia el persa y el uzbeko, y los «tayikos de las montañas».

En este contexto, la idea de «nación tayika» no descansa sobre ninguna realidad, con el corolario de que se puede considerar completamente inadecuado el concepto de Estado-Nación en el Tayikistán independiente. El referente de identidad no descansa ni en la etnia, ni en la nación, sino en la red de solidaridad local, articulada, según los casos, alrededor del clan, la tribu, la familia, la aldea, el pueblo, el valle de origen.

En la población de Tayikistán se puede distinguir cinco grupos regionalistas:

- Los leninabadis. Originarios de la rica provincia de Leninabad, en el norte del país. Están considerados como los más rusificados y los más rusófilos. Han proporcionado las élites, política y económica, del país, dominándolo durante 50 años. Comprometidos con el campo comunista, la victoria no les ha proporcionado el poder, que está sólidamente en las manos de sus aliados, los kuliabis. Si no consiguieran el control del poder, podrían estar tentados por una solución separatista.
- Los kuliabis. Originarios del valle de Kuliab, en el sur del país, durante la era estalinista fueron desplazados para explotar las nuevas tierras dedicadas al cultivo del algodón. Han constituido el núcleo de las fuerzas del campo comunista, con las milicias del Frente Popular de Kuliab. Principales vencedores en la guerra civil que siguió a la independencia, hoy monopolizan la casi totalidad del poder, sin que existan visos de que quieran compartirlo. Gobiernan el poder recurriendo a una represión sangrante y practican un acaparamiento excesivo de las riquezas nacionales.
- Los hissaris. Originarios del distrito de Hissar, constituyen la fracción regionalista más pequeña del teatro tayiko. En su gran mayoría son uzbekos, apostaron por los kuliabis

en la guerra civil. Se les considera como una «quinta columna» uzbeka y podrían sufrir las consecuencias de un conflicto étnico o de una crisis tayiko-uzbeka.

- Los garmis. Originarios del valle de Garmis, sufrieron la misma suerte que los kuliabis durante la era estalinista. Han mantenido conflictos con los kuliabis por la explotación de los kolkhozes de población mixta. Reacios con el régimen soviético, no han estado nunca asociados al poder. Como reacción, han demostrado siempre una gran religiosidad, constituyen lo esencial de la componente «islámica» de la oposición anti-comunista. Han proporcionado los efectivos más importantes de la principal formación de oposición armada, el Partido de la Renovación Islámica (PRI). Constituyen actualmente la mayoría de los guerrilleros que combaten a las fuerzas gubernamentales y a las tropas rusas
- Los pamiris. Originarios de la región autónoma de Gorno-Badakhshan. Constituyen un elemento muy específico en la escena tayika. Ismailitas, muy laicos, hablando sus propias lenguas —dialectos derivados del antiguo persa— están animados por una tradición de autonomía muy fuerte, derivada de su aislamiento geográfico. Los soviéticos los utilizaron para nutrir las filas del KGB local. Vencidos por su equivocado alineamiento en la guerra civil, fueron depurados y se replegaron a su región de origen, bajo la protección de las milicias locales. Han reconocido la autoridad de los kuliabis, a cambio de que éstos reconozcan la autonomía de hecho de su región. En razón de su confesión religiosa, reciben ayuda económica y humanitaria del Agha Khan.

La historia del Tayikistán, desde su independencia en septiembre de 1991, ha venido jalada por tres grandes periodos. El primero entre mayo de 1992 y diciembre de este mismo año, durante el cual se desarrolla una guerra civil abierta. El segundo periodo transcurre entre diciembre de 1992 y fin de marzo de 1993 y puede denominarse como el del terror rojo. El tercer periodo, entre abril de 1993 y fin de mayo de 1995, durante el cual el conflicto, además de internacionalizarse, con la participación de tropas uzbeegas, rusas, afganas y ONG islámicas, presenta una doble vertiente: política, con el enfrentamiento entre el poder y los partidos «islamo-demócratas», y otra de naturaleza separatista, que ha enfrentado al Gobierno central y a los pamiris.

Los miembros de la CEI decidieron, a partir del 1 de octubre de 1993, constituir una fuerza común encargada de llevar la paz a Tayikistán. Esta fuerza tiene como objetivo proteger las fronteras meridionales del país contra las infiltraciones armadas procedentes de Afganistán —y preservar así a la CEI de la presión islamista— defendiendo los puntos sensibles del país. A pesar de los esfuerzos de Moscú, esta fuerza no ha recibido el mandato de Naciones Unidas, aunque su financiación corre a cargo únicamente de la CEI. El mando corresponde a Rusia, que proporciona el núcleo fundamental de la fuerza, con más de 15.000 hombres: 8.500 de la CCI División de Fusileros Motorizados, 6.000 Guardias de Fronteras y más de un millar de *spetnaz*. Uzbekistán, Kirguizia y Kazajistán se han comprometido a proporcionar cada uno de ellos 500 hombres. Turkmenistán se ha negado a tomar parte activa en la crisis. Esta fuerza cooperará estrechamente con el Ejército tayiko, de una entidad de unos 9.000 hombres. Las fuerzas rusas en Tayikistán tienen un escaso valor operativo, en razón de no tener las plantillas cubiertas y además gangrenadas por el alcohol, la corrupción, las rivalidades personales y su participación en el tráfico de drogas.

La oposición «islamo-demócrata» se compone de varios partidos políticos, organizados a primeros del decenio de los años noventa. Estos partidos son:

- *Rastokhez* (Renovación), nacionalista, muy activo en las vísperas de la explosión de la Unión Soviética, pero que ha conocido un relativo declive a partir del año 1992.
- *Lali Badakhshan*, de Amir Beg, regionalista, que recluta entre los ismailitas del Pamir.
- Centro de Coordinación de las Fuerzas Democráticas, de Otakhon Latifi y el Partido Democrático del Tayikistán (PDT), ambos democráticos y laicos.
- Partido de la Renovación Islámica (PRI). Movimiento de tipo fundamentalista, que ha reclutado principalmente en los círculos intelectuales y poco entre los clérigos locales a excepción del principal jefe religioso oficial de Tayikistán, Akbar Turadjonzodeh, que ha llegado a ser vicepresidente del PRI. El movimiento cuenta con unos efectivos estimados en 6.000 hombres, de los que unos 4.500, basados en Afganistán, se emplean contra las fuerzas de la CEI y del Ejército tayiko y otros 1.500, relativamente autónomos, que operan desde dentro de Tayikistán en el valle de Gharm y en la región de Tavil Dara. El PRI se beneficia igualmente de la asistencia de organizaciones islámicas internacionales, como la IIRO (*International Islamic Relief Organization*), brazo humanitario de la prosaudi Liga Islámica Mundial, y de la IARA (*Islamic African Relief Agency*), de origen sudanés. Cuenta también con *afganos*, deseosos de participar en esta nueva *yihad*. Detrás de todo se perfila la sombra de Estados, como Pakistán y Arabia Saudí. En cuanto a Irán, su apoyo a la oposición tayika es bastante menos importante de lo que se cree.

Cuando se produjo la primera ocupación de Mazar-i-Sharif, en mayo de 1997, en Tayikistán se encendieron todos los indicadores de alarma y su ministro de Asuntos Exteriores hizo unas declaraciones, con la intención de tranquilizar al país, según las cuales, el país disponía de:

«Los medios suficientes para rechazar toda tentativa armada sobre su territorio.»

Rusia, que ya contaba en Tayikistán con 25.000 hombres, hizo la advertencia de que, si las milicias integristas intentaban penetrar en uno de los países de la CEI, «reaccionaría colectivamente y de forma muy dura». El 27 de junio de 1997, después de tres años de negociaciones, se firmó en el Kremlin el Tratado de Paz entre los adversarios tayikos, en presencia de los líderes ruso e iraní y el mediador especial de Naciones Unidas, Dietrich Merrem, poniendo fin a cinco años de guerra civil, que ha producido unas 60.000 víctimas en un país de poco más de 5.000.000.

El texto incluye las disposiciones para la repatriación de los refugiados, la amnistía para todos los implicados en la guerra civil, la incorporación al Ejército regular de las milicias, la vuelta al país de los líderes de la oposición, la legalización de sus partidos políticos, a partir del mes de septiembre, la representación de las facciones de la oposición en la nuevamente constituida Comisión de Reconciliación Nacional, así como en un gobierno provisional y en una comisión electoral, encargada de la organización de unas nuevas elecciones presidenciales y legislativas, el año 1998, de acuerdo con una nueva Constitución, que será ratificada por referéndum.

Cada uno de los puntos fue muy discutido por cada una de las partes negociadoras. Tanto Rusia, principal apoyo del presidente laico, Imamali Rahmonov, como Irán, el principal apoyo de las fuerzas de la oposición, dirigidas por Sayed Abdullah Nuri, del PRI, presionaron a sus respectivos protegidos para alcanzar un acuerdo. La conquista de Kabul, en

septiembre de 1996, por la milicia talibán, opuesta a Moscú y a Teherán, proporcionó un estímulo añadido para pacificar Tayikistán. El objetivo común de los negociadores no era otro que contener al régimen talibán, creando un amortiguador entre el territorio afgano que controla y las regiones solapadas de Afganistán, de mayoría tayikas y uzbekas, que son vecinas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán.

Uno de los temas más discutidos fue el futuro de la milicia islamista, que actuaba en zonas de Tayikistán, desde la región contigua de Afganistán. De acuerdo con el Tratado de Paz, las unidades armadas de la oposición cruzarían a Tayikistán y entregarían sus armas bajo la supervisión de Naciones Unidas, para a continuación ser enviados a 10 puntos de reunión. Más tarde, el alto mando tayiko organizaría unas nuevas unidades que se compondrían de las antiguas fuerzas de oposición y de las tropas gubernamentales. Para asegurar una conveniente realización del plan, se establecería una comisión de supervisión, compuesta de rusos y de iraníes.

En principio, el bando de Rahmonov deseaba que los supervisores fueran designados solamente por Rusia y las otras ex repúblicas soviéticas. El bando opuesto prefería a Irán. Al final se llegó a un compromiso, pero como Rusia mantiene en Tayikistán una fuerza de unos 25.000 hombres, tanto ella como el gobierno de Rahmonov se pueden ver como los directores de la operación. Por otra parte, la lección de Chechenia, donde Rusia fue incapaz de someter a los motivados insurgentes musulmanes, hizo pensar a los soviéticos que podían verse en una situación parecida en Tayikistán, a más de 1.500 kilómetros de sus fronteras. Esta pudo ser la razón de que buscara aliarse a un país, tal como Irán, para la pacificación de Tayikistán.

Moscú y Teherán han venido desarrollando una relación multidimensional, que es beneficiosa para ambos. Rusia se ha estado convirtiendo en un proveedor de armas para Irán. Así, ignorando las protestas de Washington, completó la sin terminar estación nuclear iraní en la ciudad-puerto de Bushehr, proporcionándole dos reactores.

En cualquier caso conviene señalar que la división en Tayikistán no es estrictamente entre laicos e islamistas. El bando dirigido por Sayed Abdullah Nuri incluye, además de al PRI, al *Rastakhiz* (Organización del Pueblo), al pequeño Partido Democrático y al regional *Lali Badakhshan*. Todos los partidos se comprometieron en desarrollar un sistema democrático multipartido.

No obstante lo anterior, conviene señalar que, después de firmar el Tratado de Paz, Rahmonov voló a Arabia Saudí para realizar la peregrinación a la Meca y presentarse como un piadoso musulmán, ante sus compañeros tayikos. También aprovechó el viaje para buscar el apoyo financiero de los saudíes. A su vuelta anunció la reducción del Ejército, de 16.000 hombres, con la explicación de que había que hacer economías para aumentar el sueldo de los maestros. De esta manera preparaba el camino para la integración de las milicias islamistas en el Ejército regular.

Los activistas del PRI, en las áreas rurales que controlaron durante la guerra civil, implantaron la *sharia* y, después del Tratado de Paz, están haciendo cumplir las prohibiciones sobre el alcohol y la música occidental. Si esto continúa sin restricciones, Tayikistán se dejará arrastrar por sus vecinos laicos del Norte y llegará a ser culturalmente más cerrada a Irán y a Afganistán.

El día 24 de julio de 1997, Mahmud Khodabardiyev, uzbeko, puso una piedra en la rueda del proceso de paz en Tayikistán, declarándose presidente del Consejo de Defensa del Territorio Central-Sur de Tayikistán y reclamándolo como territorio autónomo. El general Khodabardiyev pidió que la disposición para la integración de las milicias islamistas en el Ejército regular, según se acordó en el Tratado de Paz, quedara sin efecto. Aunque fuera solamente adjunto a la Jefatura de la Guardia Presidencial, con base en Kurgan Tyube, el citado general controlaba la mayor parte de las armas pesadas del país. El presidente Rahmonov ignoró su petición. La marcha de Khodabardiyev hacia la capital, Dushambe, fue bloqueada por unas fuerzas pro Rahmonov, y su cuartel general en Kurgan Tyube fue bombardeado. Con sus fuerzas reducidas a unos cientos de hombres, Khodabardiyev huyó a Uzbekistán. Esta rebelión muestra que la amenaza de una violencia renovada en Tayikistán no ha muerto.

La conquista de la ciudad afgana de Mazar-i-Sharif en agosto de 1998, desplazó la tensión a la frontera con Tayikistán. Fuentes militares tayikas declararon que las milicias talibán estaban a una distancia de entre 20 y 40 kilómetros de sus fronteras. El Gobierno tayiko puso a sus tropas en estado de alerta y redobló las medidas de seguridad en la frontera, por temor al avance de las milicias talibán, que podían desestabilizar la situación en el país. Al mismo tiempo, el 11 de agosto de 1998, el Gobierno tayiko pidió una reunión urgente de los países miembros del Tratado de Seguridad Colectiva de la CEI, con la finalidad de analizar la situación. Al término de la reunión se difundió un comunicado en el que afirmaron que:

«Los Estados miembros del Tratado de Seguridad Colectiva no pueden permanecer indiferentes ante la amenaza creada por la escalada de violencia y el derramamiento de sangre junto a las fronteras de la CEI.»

Moscú, por su parte, hizo un llamamiento internacional para que se hiciera todo lo posible para detener la «limpieza étnica». Además reveló que tenía constancia del número de unidades paquistaníes que participaron en la ofensiva y alertó sobre el peligro de que Afganistán se convirtiera, a partir de ahora, en un «foco de terrorismo internacional».

Las provincias septentrionales de Afganistán —Badakhshan, Takhar, Kunduz, Samangan y Balkh— constituyen la base retrasada «natural» de la oposición armada tayika, en razón de la similitud de población, de una frontera común de 1.300 kilómetros, muy porosa, que favorece las infiltraciones clandestinas y todo tipo de tráfico. Hasta el presente, esta «hospitalidad» no fue el fruto de una voluntad política «racional», a falta de un Estado afgano, casi inexistente como consecuencia de la guerra. El apoyo *afgano* se fundamentaba en una serie de solidaridades locales, de clan y familiares. Este aspecto podría cambiar con un Afganistán completamente talibán, que proyectara hacia el Norte un islam fundamentalista.

El norte de Afganistán ofrece un espacio estratégico al conflicto tayiko, sirviendo a la vez de trampolín a las ofensivas de la oposición, de santuarios humanitarios a los refugiados, pero también de objetivos para las represalias rusas, que violan regularmente la integridad del territorio afgano. La oposición islamista tayika ha establecido su gobierno en el exilio en Taloqan, capital de la provincia de Takhar, que fue seriamente bombardeada por los rusos en abril de 1995, como represalia por el recrudecimiento de los combates, a lo largo de la frontera. La simultaneidad y la proximidad geográfica de los conflictos afgano y tayiko

favorecen un contagio recíproco de esta dos crisis: si la crisis tayika se «afganiza» por algunos aspectos —debilidad del poder central, infiltraciones fronterizas, presencia de combatientes «árabes» en el seno de las bandas rebeldes, transformación de Kunduz en una especie de «Pechawar tayiko», etc.— inversamente, ciertos episodios del conflicto afgano en el norte del país se «tayikizan», como lo prueban los combates oponiendo a las fuerzas del general Dostum —instrumentalizados por Moscú y Tachkent para defender una parte de la frontera de la CEI frente a la amenaza islámica— a las de los jefes locales operando en la región de Kunduz.

Un mes antes de la firma en Moscú, apadrinada por Boris Yeltsin, del Tratado de Paz entre los bandos enfrentados en Tayikistán, tuvo lugar una reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de las cinco repúblicas musulmanas del Asia Central, en Dushambe. El hecho de que a la reunión asistiera también el presidente tayiko, Imomali Rahmonov, y el subsecretario soviético de Asuntos Exteriores, Boris Pastekov, da idea de la importancia que Rusia y el resto de las repúblicas musulmanas del Asia Central conceden a Tayikistán por su situación estratégica. Los participantes en la reunión se pusieron de acuerdo para encontrar los medios para neutralizar la amenaza talibán y consolidar el proceso de paz en Tayikistán.

Uzbekistán es el más interesado. Con una veintena de millones de habitantes, tiene tanta población como el total de las cuatro ex repúblicas con las que comparte fronteras. Ha hecho suya una gran parte de la política regional de la Unión Soviética, presentándose como el protector natural de las importantes minorías uzbekas del Asia Central (en Afganistán 1,3 millones; en Tayikistán 1,2 millones; en Kirguizia medio millón; en Kazajistán 350.000 y en Turkmenistán 320.000). Como consecuencia de las orientaciones «neocomunistas» de sus dirigentes, Tachkent se ha comprometido abiertamente a favor del campo comunista. Su ayuda ha sido multiforme: apoyo a las fuerzas del Frente Popular Kuliabi durante la guerra civil de 1992, participación activa de tropas regulares uzbekas al lado del Ejército tayiko, en las operaciones contra la oposición en el valle de Gharm y en Gorno-Badakhshan, intervención regular de la aviación uzbeka contra las guerrillas islamistas, apoyo material a las milicias del general Dostum, con la finalidad de asegurar una zona de terreno en la frontera tayiko-afgana.

Uzbekistán tiene una industria importante y es el principal productor de algodón. Su ofrecimiento de ayuda descansa más en el interés propio, que en el amor fraterno. Tiene frontera común con Afganistán y los habitantes de su región de Fergana Valley tienen fama por su devoción al islam. Su presidente, Islam Karimov, es un firme laico que ha establecido una distinción clara entre islam, como religión, e islam, como política. Mientras impulsa la construcción de nuevas mezquitas, reprime con dureza a los islamistas.

Durante un cierto tiempo, Uzbekistán compartió con Moscú una misma visión del *dossier* tayiko, pero a partir del año 1994, Tachkent ha manifestado una creciente autonomía en la gestión de la crisis. Además de tratar de mantener en el poder a un régimen ideológicamente próximo, ha aparecido de manera subyacente la voluntad de avasallar —ante la imposibilidad de anexionar— a Tayikistán. El interés uzbeko sobre Tayikistán se explica por razones históricas, dadas las rivalidades seculares; demográficas, por la imbricación de sus poblaciones; razones políticas, por la voluntad de impedir el fundamentalismo islámico; y económicas. Además del algodón —y de la amapola— y algunos recursos mineros

—entre ellos el uranio—, Tayikistán posee inmensos recursos hidráulicos, utilizables para producir energía eléctrica, pero sobre todo para el regadío de las zonas agrícolas del Asia Central. Recientemente la política de Tachkent da la sensación de haber evolucionado y conscientes de las limitaciones del equipo en el poder en Duchambe, los uzbekos están buscando nuevos interlocutores, que puedan asegurar un mínimo de estabilidad en la región. Ésta es la razón por la que han empezado a apoyar a una tercera fuerza tayika, fundada en el verano de 1996, por personalidades originarias de la región de Khodjend.

En Afganistán, Karimov ha apoyado moral y materialmente al general Abdul Rachid Dostum, uzbeko, que controlaba la zona próxima a Uzbekistán y Turkmenistán y que tenía su capital en Mazar-i-Sharif, cerca de la frontera uzbeka. Dostum representa una combinación entre nacionalismo e islam, pero con un punto de vista muy liberal de la *sharia*.

Lo que preocupa a los líderes de las repúblicas musulmanas del Asia Central es como hacer para que la alianza Dostum-Massud sea capaz de resistir a las ofensivas de los talibanes. Incluso, aunque las fuerzas de «los locos de Dios» no llegaran a ocupar todo el territorio de Afganistán, la guerra llevará a muchos uzbekos y tayikos a volver a sus respectivos países, para escapar de la vida puritana que imponen los talibanes. Este movimiento de refugiados podría ser aprovechado por el régimen de Kabul para infiltrar a sus propios activistas, uzbekos y tayikos, en los países vecinos, con la misión de establecer contacto con los islamistas locales y animarlos para entrar en conflicto con los regímenes laicos de los dos países.

El presidente Rahmonov abogó en su momento por el establecimiento en Kabul de un «gobierno representativo». Es decir una administración de coalición entre todas las partes en conflicto, a la manera de la que se iba a establecer en Duchambe, a raíz del Tratado de Paz. La idea tiene pocas posibilidades de llevarse a la práctica y si Rahmonov ha accedido a repartir el poder con la oposición islamista en Tayikistán, ha sido porque, a pesar del apoyo ruso, corre el riesgo de salir derrotado en su enfrentamiento con los islamistas. En contraste, los talibanes, a medida que han ido cosechando triunfos, han alejado la posibilidad de un acuerdo con la «Alianza del Norte». La ideología militante combinada, con una intención legítima de seguridad para todo el país, les lleva a conquistar la totalidad del territorio, como solución efectiva para motivar a la joven población masculina, que es la parte fundamental del apoyo talibán en Afganistán.

El día 4 de enero de 1998, en Tachkent, se procedió a la firma de unos acuerdos bilaterales entre Uzbekistán y Tayikistán, por sus respectivos presidentes, Islam Karimov e Imamali Rahmonov. El acto señalaba un cambio importante en las relaciones entre los dos países. Significaba que el presidente laico de la república más poblada de la región, se reconciliaba con un gobierno, en un Estado vecino, donde los islamistas están listos para compartir el poder, con los ex comunistas dirigidos por Rahmonov. De esta manera ha emulado a Yeltsin, quien después de combatir durante años a los islamistas del Asia Central, adoptó la idea de atraer a la oposición islamista en las políticas democráticas de Tayikistán. Como Moscú, Tachkent desplegó todos los medios a su disposición para combatir a los islamistas y no consiguiendo su propósito, decidió aceptar el papel de los islamistas en Tayikistán.

Hasta el momento, en Asia Central, Uzbekistán, bajo Karimov, ha sido el mayor enemigo de los islamistas, dentro y fuera del país. Para demostrar su desaprobación al Tratado de

Paz tayiko, que especificaba una distribución del poder entre los campos enfrentados, Tachkent recurrió a alentar el levantamiento contra las autoridades tayikas. Si ha cambiado de actitud, después del fracaso de sus intentos anteriores para socavar las negociaciones de paz, ha sido por la acción de Rusia e Irán.

Hasta la víspera de la firma del Acuerdo de Paz en Tayikistán, Tachkent denunció que el acuerdo ignoraba a la minoría uzbeka que vive en Tayikistán y que se estima en un cuarto de la población, concentrada en la región norte de Khujand, separada del resto del país por montañas, lo que les motivaba para conseguir una cierta autonomía, que dividiría a Tayikistán. En los cinco años de guerra civil en Tayikistán, los khujandis, que gozaron del apoyo ruso, fueron unos antiislamistas fervorosos. Durante la larga negociación del proceso de paz entre las partes enfrentadas, Abdulmalik Abdullajanov, un uzbeko ex primer ministro, solicitó con insistencia que los líderes uzbekos fueran llamados para participar en las conversaciones de paz, pero su solicitud fue ignorada.

El incremento de las operaciones de guerrilla en la región tayika, próxima a Uzbekistán, indicaba claramente que el presidente Karimov rechazaba que en el país vecino compartieran el gobierno los islamistas. Karimov temía que un arreglo semejante le concedería una cierta respetabilidad a los islamistas y haría que su tarea de contenerlos en su república sería más onerosa de lo que ya era. El tiempo era importante y desde el momento en que un gobierno de unidad nacional iba a ser instalado en la república vecina, Karimov cambió de estrategia y buscó llegar a un acuerdo con Rahmonov.

Según un informe de la Comisión Económica de Naciones Unidas, de mayo de 1998, sobre las 12 ex repúblicas soviéticas, la comparación de los datos del Producto Interior Bruto, entre los años 1989 y 1996, muestra a Uzbekistán como la segunda, al 82% (Rusia, 57%), y la primera en los datos industriales, al 108% (Rusia, 47%). De ahí el interés de Moscú por estrechar los lazos comerciales con Tachkent. En el mes de mayo de 1998, los presidentes Yeltsin y Karimov concluyeron un tratado económico a 10 años. Pero en la declaración conjunta hubo una referencia expresa al compromiso de los dos líderes para combatir a los «grupos radicales islámicos en la antigua Unión Soviética».

En vísperas de su viaje a Moscú y ante la celebración de un juicio contra 17 islamistas, acusados de *mantener lazos con extremistas islámicos de Tayikistán y Pakistán y de intentar sustituir el régimen laico por otro islámico*, el presidente Karimov urgió al Parlamento para endurecer la ley sobre las actividades religiosas, acusando a los fundamentalistas islámicos, del valle de Fergana en el sureste del país, por la violencia en la región. Sus actividades, en su opinión, incluían el asesinato de funcionarios del Gobierno y planeaban volar presas y centrales. Dando por sentado un veredicto de culpabilidad, Karimov declaraba:

«A esa gente se le debe disparar en la cabeza. Si fuera necesario, yo mismo lo haría.»

El Parlamento endureció la ley de 1991, sobre actividades religiosas, estipulando que los grupos religiosos debían estar inscritos en un registro y tener un mínimo de 100 miembros, en vez de los 10, que se requerían anteriormente. Todas las asociaciones religiosas no inscritas serían, en adelante, objeto de persecución. Además, cualquiera que llevara «vestidos religiosos» en público, se enfrentaría a una detención de 15 días. Esto estaba clara-



mente dirigido contra las mujeres musulmanas que llevaban pañuelos. Por último, comprometerse en «actividades religiosas extremistas» sería castigado con penas de cinco a ocho años de cárcel.

Poco después de que se endureciera la ley, la Organización Religiosa Oficial, el *Muftiat*, anunció que unas 3.000 de las 5.000 mezquitas existentes en el país, serían investigadas, a causa de sus «ambiguos estatutos», amenazando a las que carecieran de unas credenciales apropiadas, con convertirlas en tiendas o en centros educativos o deportivos. Estaba asumido que, la primera investigación sería para comprobar si el imam respectivo, pasaba el test de cualificación presentado por el Estado.

El principal foco de tensión islamista en Uzbekistán está centrado en el valle Fergana. Con un tercio de los 23.000.000 de la población de Uzbekistán y siendo el 90% musulmanes, este valle tiene una larga tradición de piedad islámica. Cuando a mediados de los años noventa disminuyó el dominio del ateísmo soviético, sus habitantes empezaron a mostrar sus tendencias religiosas. Entre 1986 y 1991, el número de mezquitas, en Namangan, una ciudad de 360.000 habitantes, creció de 2 a 26. Con el resurgir religioso, se creó un entorno favorable para el desarrollo de los islamistas.

Los problemas de Karimov en este frente se incrementaron, debido a los acontecimientos que tuvieron lugar en los países vecinos de Tayikistán y Afganistán. A raíz del Tratado de Paz entre el gobierno laico de Tayikistán y la Oposición Tayika Unida (UTO), dirigida por los islamistas, en el año 1997, la administración del presidente Imamali Rahmonov empezó a compartir el poder con la UTO, en febrero de 1998. Para Karimov, esta conducta concedía a los militantes islamistas una respetabilidad, frustrando así su propia tarea de presentarlos como fanáticos violentos, a los que había que eliminar por todos los medios.

Los esfuerzos de Karimov para hacer fracasar el proceso de paz en Tayikistán, animando al general uzbeko, Mahmud Khodabardiyev, a rebelarse contra la autoridad central en Tayikistán, fallaron estrepitosamente. El miedo a que pudiera estallar un conflicto étnico entre uzbekos y tayikos en Tayikistán, donde un cuarto de la población es uzbeka, disuadió a Karimov a seguir con su política de acoso. Un conflicto semejante, en opinión de Karimov, podría alcanzar también a su propio país e incluso a Afganistán, dada la distribución de las dos etnias en las repúblicas musulmanas del Asia Central.

Las relaciones de Karimov con Irán, el otro país interesado en cerrar el paso a los talibanes, se han mantenido a un nivel mínimo. Por esto no sorprende que buscara consuelo en el presidente Yeltsin. No obstante, en su comunicado conjunto no se hacía mención a un plan conjunto de acción y simplemente expresaba un pensamiento común. Cuando el 12 de agosto de 1998, los talibanes conquistaron la ciudad fronteriza afgana de Hayratan, cortando cualquier posibilidad de apoyo de Uzbekistán a la «Alianza del Norte», el presidente uzbeko se limitó a reforzar la guarnición de Termez, que está separada de la ciudad conquistada por los talibanes por el río Oxus.

## **Conclusión**

El hecho de que Afganistán fuera uno de los miembros fundadores del Movimiento de Países No Alineados, que haya sido uno de los Estados miembros de la Organización de la

Conferencia Islámica, que fuera uno de los primeros países, si no el primero en reconocer al gobierno bolchevique y que mantuviera unas relaciones ejemplares de buena voluntad con la Unión Soviética, de acuerdo con el Tratado de Amistad del año 1921, no impidieron a los jefes de Moscú, decidir la invasión, de duras consecuencias, cayendo en la trampa de una situación, que habían subestimado.

Si los documentos soviéticos «quieren» confirmar la versión dada en la época por los dirigentes del Kremlin, «relativa a las repetidas peticiones del Gobierno afgano» de venir en su ayuda, la realidad es que Amine, en los últimos días de su poder había hecho un ofrecimiento a la Resistencia y parecía haber entablado contactos con los americanos. Así lo confirma el relato del general Varennikov, los rusos inquietos por el cambio de dirección que parecía que se había operado en Amine, decidieron intervenir. Conviene recordar que Amine fue asesinado por los *spetsnazs* el 27 de diciembre de 1979.

La invasión soviética de Afganistán fue utilizada por el presidente Reagan para sacudir a la nación americana que se encontraba en pérdida, después del desastre de Vietnam. Apoyando a los *freedom fighters* afganos —el presidente Reagan llegó a declarar la fecha del 21 de marzo de 1985, correspondiente al nuevo año afgano, como el *Afghanistan Day*— así como a las otras guerrillas anticomunistas (Nicaragua, Camboya, etc.), lanzando el programa «guerra de las estrellas», Reagan obligó a los soviéticos a dispersar sus medios y a empeñarse en unos gastos que estaban muy por encima de sus posibilidades. Además, observando el combate de los rusos, despiezando las muestras del armamento soviético utilizando en Afganistán, los expertos militares americanos llegaron a la conclusión de que la Unión Soviética estaba mucho más retrasada de lo que se pensaba. El lanzamiento de la carrera del armamento espacial —proyecto de Iniciativa de Seguridad y Defensa— que necesitaba una tecnología, que incluso los americanos no poseían completamente en aquella época, sometió a la industria militar y a la investigación soviéticas a una fuerte presión, si Moscú quería permanecer en la carrera.

La retirada de los soviéticos, en febrero de 1989 no terminó con la guerra de Afganistán, ni tampoco la conquista del poder por los *muyahidin*, el 28 de abril de 1992. El baño de sangre, que se había profetizado con la retirada soviética, se concretó tres años más tarde, confirmando los propósitos que el viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Yuli Vorontsov, había hecho a Jean-Francois Deniau:

«Después de nuestra partida, todos van a correr para hacerse con el poder en Kabul. Cada uno va a querer montar sobre su caballo blanco y van a matarse unos a otros a las puertas de Kabul. En ese momento, les ayudaremos a comprar su caballo blanco para que lleguen todos al mismo tiempo y no dejen de matarse.»

Las consecuencias nefastas de la guerra de Afganistán no son solamente perceptibles a escala afgana, lo son igualmente a escala mundial con los fenómenos de los *afganos* en países del islam (Argelia, Egipto, Palestina, países del Golfo...) y de los *afghantsys* (antiguos soldados del Cuerpo Expedicionario soviético). La situación de guerra civil, la anarquía y la ausencia de un Estado han hecho de Afganistán un campo de entrenamiento para unos, o un campo de expansión política para las potencias regionales, tales como Pakistán, Irán, Arabia Saudí y de nuevo Rusia, ahora poscomunista. Afganistán es ahora el centro de todos los tráfico, de armas, de droga o de ideologías.

El desmembramiento interno es de hecho una realidad, aunque los responsables políticos rechacen hablar de separaciones étnicas, cuando los hechos desmientan sus palabras. Todos los dirigentes políticos defienden los intereses étnicos, pero ninguno reivindica la totalidad del poder para sí, exceptuando a los talibanes. Los demás hablan de compartir el poder. El hecho de que cada facción se parapete detrás de sus tesis ha determinado su fraccionamiento y podría explicar los éxitos de los talibanes, ayudados desde el exterior. Un gobierno talibán, apoyado sobre la etnia pashtun, no tendrá una cierta duración si no está apoyado por las armas, dado el enfrentamiento étnico existente. El conflicto afgano tiene también un componente religioso, determinado por el enfrentamiento entre el islam rigorista de los talibanes y un islam más liberal, que había impregnado las creencias religiosas de los afganos hasta la llegada de «los locos de Dios».

La implantación de un Estado fundamentalista —el de los talibanes— en Afganistán, constituye una bomba de relojería que amenaza a las repúblicas musulmanas del Asia Central, que ya tienen en su interior el germen de la contestación islámica. No se trata de que los talibanes continúen sus conquistas más allá de sus fronteras. Se teme que desde el territorio afgano se irradie un fundamentalismo que dé al traste con los regímenes establecidos.

La guerra de Afganistán constituye, hoy en día, uno de los grandes desafíos de finales del siglo xx, y que no es otro, que terminar con el aislamiento del Asia Central. Esta acción no tiene un carácter geoestratégico o geopolítico únicamente. Se trata de terminar con el aislamiento económico y buscar el procedimiento para que puedan aprovecharse las importantes riquezas mineras, petrolíferas y de gas que contienen las antiguas repúblicas del Asia soviética. El problema es de importancia. Se trata del porvenir económico, no solamente de Asia, sino también del mundo entero y es a la luz de esta formidable apuesta, como deben entenderse los conflictos que continúan ensangrentando la tierra afgana.

El acuerdo al que ha llegado el grupo «dos más seis», el 21 de septiembre pasado, no tiene más valor que el de tranquilizar la conciencia de alguno de los firmantes, mientras que otros, han firmado, lo que no piensan cumplir. Es ilusorio pensar que los talibanes se van a sentir obligados, hasta el punto de abandonar sus convicciones religiosas, sus motivaciones políticas y las normas de conducta que han impuesto en el territorio conquistado. El conflicto afgano ha sido pródigo en generar reuniones de paz, acuerdos y visitas de mediadores, incluso antes de que los talibanes hicieran su aparición en escena. Ahora que los talibanes ocupan hasta el 90% del territorio y tienen a sus enemigos al borde de la derrota total, no se puede pensar en que un simple acuerdo alcanzado en Nueva York y, sin su presencia, les obligue a devolver lo que ya les ha costado cuatro años de guerra.

## **Anexo**

### *Ossama Ben Laden*

Ossama Ben Laden nació en Arabia Saudí, hace 41 años, en el seno de una familia acomodada. Su familia tiene, en Arabia Saudí, el grupo más importante de trabajos públicos. El padre, Mohamed, fue el creador de la empresa, en la que trabajan alguno de sus cincuenta y dos hijos. Fue la empresa de los Ben Laden la que se encargó de los trabajos de

ampliación de las grandes mezquitas de La Meca y Medina, que costaron, según el rey Fahd, «más de 19.000 millones de dólares, en 10 años».

Ossama, el benjamín de la familia, frecuentó con asiduidad las *halqa* (sesiones nocturnas de intercambio de anécdotas religiosas), entre los más grandes teólogos de Arabia Saudí, en los años sesenta.

Ossama, muy tradicionalista, vivió de espaldas a la política hasta que en el año 1980, la Unión Soviética invadió Afganistán. Para hacer frente a la invasión del Ejército Rojo, el clan Ben Laden creó la Fundación Islámica de Salvación, *al-Qa'da* (el fundamento), y confió la dirección a su hijo Ossama, que a la sazón contaba con 23 años. Esta Fundación tenía por objetivo combatir a los «ateos rusos». Organiza un centro de acogida en Yedda, para recibir a los jóvenes «voluntarios» para Afganistán. Él no estuvo nunca solo, oficialmente unas «asociaciones de beneficencia» fueron de la partida, desde el primer momento. Y con razón, estos jóvenes fueron considerados como *muhayirines*, en referencia a la hégira de los primeros años del islam. Ellos debían huir de sus países, para volver a ellos más tarde como conquistadores.

Varios millares de voluntarios de los cuatro rincones del mundo se unieron a la Fundación y emprendieron el camino de la guerrilla afgana. Ossama contó con apoyos de personas de prestigio. Salman bin Abdulaziz, príncipe saudí, gobernador de Ryad, apadrinó discretamente la iniciativa, con la bendición de los americanos. Abdulaziz bin Baz, gran *mutfi* del reino saudí, decretó legal —desde el punto de vista religioso— la entrega de dinero de la *zakart* (impuesto islámico) para apoyar la *yihad* contra los ateos. Se estableció una recogida de donativos, con la bendición de *mutfi* bajo la presidencia del gobernador de Ryad, príncipe Salman. Al centro de acogidas de Yedda se le dio el nombre de *Beyt El Ansar* (casa de los amigos o aliados), siempre con referencia a la hégira. Los habitantes de Medina que habían recibido a los *muhayirines* fueron considerados como *Ansar*.

Ossama se instaló en Pechawar, ciudad fronteriza entre Pakistán y Afganistán y su organización envió, entre los años 1980 y 1990, varios millares de voluntarios al frente afgano. Había organizado, como en Yedda, una casa de acogida, a la que dio el mismo nombre. El responsable militar y teórico —más virulento— era un hermano musulmán palestino. Abdallah Azzem, que fue rápidamente apartado de la escena, apareciendo asesinado. La CIA americana, que supervisaba la casa de acogida tiene mucho que decir al respecto. Su desaparición deja el camino libre a Ossama, el hombre de los saudíes, bendecido por los americanos, que se va a convertir en padre espiritual y generoso benefactor de todos los *afganos*. Él mismo participó en los combates, en la más célebre de las unidades especiales, *Al-Ansar*. En aquel tiempo, sirvió perfectamente los intereses de Ryad y estableció unos estrechos lazos con el príncipe Turki bin Faybal, jefe de los servicios especiales saudíes.

En el año 1989, los soviéticos, vencidos, abandonan Afganistán. Ossama, con 32 años, vuelve a Arabia Saudí con una gran aureola por el trabajo realizado. Él velará por financiar el viaje de los «voluntarios», que le han sido fieles, a los destinos que les han fijado los jefes *afganos*, para el caso de Argelia, Bunuar Budjamaa —que se ha casado con una hija de Abdallah Azzwm— y Kamareddine Kherbane. En su bolsillo, las direcciones de lo que en el mundo había de guerrilleros islamistas. Fue entonces cuando se produce la guerra del Golfo.

Ossama, fundamentalista, ve como su país es invadido por una especie de «cruzados», llegados de Estados Unidos. Discretamente federa a todos los hombres hostiles al «Satán americano» y en agosto de 1990 organiza su primer Frente Islámico Mundial.

Esta nueva iniciativa es un éxito. Su pasado irreprochable, su infinita piedad hacen de él, un líder militar, político y religioso. Él, que no es un dignatario del islam, predica en público y con la ayuda de doctores de la fe, pronuncia *fatwas* terribles, que distribuye por el mundo a golpes de fax. Su prestigio y sus medios financieros, casi ilimitados, le permiten ampliar su influencia.

Al parecer, en Londres, en el mes de enero de 1989, tuvo lugar una reunión, reagrupando a diversos representantes de movimientos islámicos, sentando las bases de una nueva organización islámica terrorista. A la reunión asistieron representantes de Ben Laden, de los movimientos islamistas paquistaníes, de la *Gamaat Islamiya* y de la *Yihad* egipcias. En Londres, fundó, junto con varios disidentes saudíes, el *Majlis Al-Chura Walislah*, que hasta 1995, publicó más de 350 panfletos, criticando severamente a la monarquía saudí.

Entre los años 1991 y 1996, el nombre de Ossama Ben Laden aparece con cierta frecuencia en la prensa internacional, a través de las diferentes esferas del terrorismo islamista. Una serie de procesos en Jordania, revela la existencia de organizaciones tales como el Ejército de Mohamed (1991), Vanguardia Islámica (1992), Cadetes de Mu'tan (1993). Un Frente de Acción Islámica se crea en 1992, próximo al Partido de la Liberación Islámica (PLI) jordano. Parlamentarios islámicos son detenidos, como presuntos miembros de la otra organización islamista, llamada *Al Shabad Nafir Islami*. En mayo de 1993, en Arabia Saudí, se crea el Comité para la Defensa de los Derechos Legítimos (CDDL), por Mohamed El Massari, quien lo dirige desde su exilio de Londres. En mayo de 1995 hace un llamamiento a «todos los movimientos y grupos» para derrocar al régimen. El Movimiento para la Reforma Islámica en Arabia Saudí (MRIAS), es una disidencia del CDDL, dirigido también, desde Londres, por un doctor en medicina, Saud Fajih, y difunde una publicación, *El Islah*, de forma regular, por medio del fax, con dirección a Arabia Saudí. El Ejército de Mohamed —en realidad de Ben Laden— estaba financiado por su yerno desde Estados Unidos, donde condenado por contumacia en Jordania, será detenido en 1995. Se descubrirá que, no sólo ha estado implicado en los «asuntos» de terrorismo en Aman, sino también en Filipinas. Además, se ha conocido con posterioridad que, uno de sus alojamientos en Arabia Saudí, sirvió de base para los terroristas implicados en el atentado del WTC (*World Trade Center*) y en el atentado contra el Papa en Manila. Los lazos entre Ahmed Ramzi Yucef —cerebro del atentado del WTC— y Ben Laden quedaron establecidos.

El 23 de febrero de 1998, en Pechawar, Pakistán, vio la luz una nueva organización islamista: el Frente Mundial de la *Yihad* contra los judíos y los cruzados. El comunicado que anuncia su creación está firmado por los nombres más importantes del islamismo internacional: Ossama Ben Laden; Amine Dhauahri, patrón de la *Yihad* egipcia; Rifai Ahmed Taha, jefe de la *Gamaat Islamiya*; Fadl Er Rahmane, líder del movimiento paquistaní *El Ansar*, y Abdessalam Mohamed, dirigente de la *Yihad* bangladeshi. En esta ocasión se ha dictado una *fatwa*, que hace lícito el asesinato de los ciudadanos americanos —civiles y militares— y de sus aliados. Sin hacer alusión a Saddam Hussein, sin duda juzgado como demasiado laico, los firmantes reprochan a Estados Unidos, «ocupar los Santos Lugares en Arabia Saudí y oprimir al pueblo iraquí». Varias organizaciones islamistas, especialmente el GIA

argelino, se aprestan, al parecer, a unirse al Frente. Es la primera vez que los dos mayores movimientos islamistas egipcios, la *Yihad* y la *Gamaat*, se encuentran una al lado de la otra, desde el asesinato de Anuar el-Sadat, en octubre de 1981.

Fue en esta reunión donde se tomó la decisión de atacar a Estados Unidos, aunque, al parecer, habrían aparecido divergencias sobre los métodos a emplear, lo que determinó que algunos de los participantes rechazaran que se produjeran víctimas civiles. Ésta ha sido la versión dada por un portavoz de los *muhajirun*, una organización islamista saudí, que habría participado en la reunión. El hecho es que los atentados de Kenia y de Tanzania no han sido reivindicados directamente por el Frente, sino por un «ejército islámico para la liberación de los santos lugares musulmanes».

Alrededor de un núcleo central, Ben Laden se apoya sobre una pléyade de grupos islamistas desde Chechenia hasta Sudán, pasando por las islas del sur de las Filipinas, Cachemira, el Yemen y Somalia. Los servicios de información occidentales estiman que puede contar, en permanencia, con unos 5.000 *muyahidin* saudíes, 3.000 yemenitas, 2.800 argelinos, 2.000 egipcios y 3.000 de diversas nacionalidades, preparados, de los que, la mayor parte, han combatido en Afganistán. Mientras tanto, el jeque Omar Bakri Muhammad, líder del partido *Al-Muhajirun* y portavoz de Ossama en Europa, en una entrevista al diario italiano *La República*, aseguraba que la respuesta por los ataques americanos a Sudán y Afganistán será «despiadada y violenta» y que «llegará a cualquier lugar del mundo».

La red Ben Laden funciona como un *holding*. A cambio de su fidelidad, los dirigentes de las organizaciones islamistas reciben sus emolumentos. Cada uno guarda su autonomía, pero deben estar preparados y dispuestos para participar en las campañas del Frente Mundial. Ben Laden no tiene, próximo a él, más que una estructura muy ligera, compuesta de financieros, de técnicos en comunicaciones, de doctores de la fe y de combatientes fieles. Solamente de 200 a 300 hombres, la mayoría en Afganistán, desplazándose de un valle a otro y viviendo en los bunkeres que dejaron los soviéticos.

Por el momento, el *holding* Ben Laden tiene la protección de los talibanes, tanto más seducidos por su personalidad, que lo que estuvieron los saudíes en su momento. A esta seducción ha contribuido, sin duda, el donativo de 3.000.000 de dólares, que Ossama entregó a «los locos de Dios». Se cita a Jalahudin Haqani, como su mayor defensor en Afganistán.

Se sabe que, entre los años 1991 y 1996, Ossama vivió en Sudán, donde poseía una de las mayores empresas de obras públicas, *Al-Hijra*, por medio de la cual construyó la carretera de Jartum a Port Sudán —la carretera *ettahaddi* (el desafío)—, el aeropuerto de Port Sudán, fábricas y edificios públicos, invirtiendo también en la agricultura (cultivo del girasol), una empresa de curtido de pieles, la importación-exportación, los transportes marítimos y los aéreos. Según una fuente sudanesa habría sido accionista de la Sudán Airways. A diferencia del terrorista Carlos, llevaba una vida discreta a unos kilómetros de Jartum, donde recibía a visitantes llegados de todos los países árabes y, en aquel tiempo, especialmente de Argelia. Un país con el que parecía tener unas relaciones privilegiadas, ya que una parte de sus empleados más directos eran de esta nacionalidad. La relación de Ben Laden con los argelinos, databa de la época en la que había ayudado financieramente a los jóvenes militantes islamistas de este país, para que, a través de Pakistán, se dirigie-

ran a Afganistán y se integraran en los grupos de los *muyahidin*. Ossama puede hoy contar con el apoyo de algunos elementos de la Fuerzas Populares de Defensa, que son las milicias del Frente Nacional Islámico de Hassan al-Turabi.

En julio de 1994, Hassan al-Turabi acababa de «vender» al terrorista *Carlos* a Francia, cuando se le preguntó por Ossama.

«Ossama, el pobre, le presentan hoy como un jefe terrorista refugiado en Sudán, cuando la verdad es que no hace más que construir carreteras.»

En el año 1996, Ben Laden decidió marcharse a Afganistán para no «poner en un aprieto» a sus protectores sudaneses, que mostraban cierta preocupación por lavar su imagen ante la comunidad internacional. El viaje lo hace acompañado de su mujer (hay versiones que le asignan cuatro mujeres), sus hijos, un grupo de ingenieros y unos combatientes *afganos* de nacionalidad argelina. En su nuevo refugio, habría iniciado también grandes proyectos de desarrollo, entre ellos, la construcción de una carretera entre Kandahar y Jala-labad y la perforación de un canal de irrigación entre estas dos ciudades.

Sobre la salida de Ossama de Afganistán hay una versión, según la cual, fue la presión americana la que motivó la «invitación» realizada por el Gobierno sudanés. Ante esta situación, los veteranos árabes de la guerra de Afganistán, muy presentes en Jartum, recibieron muy mal la orden de expulsar a su financiero y dictaron una *fatwa*, condenando a muerte a Hassan al-Turabi, quien sufrió un atentado, por medio de «un coche bomba», colocado en su itinerario habitual. Ossama volvió a Jartum desde el Yemen, donde había hecho una larga escala, en su camino hacia Khost, en Afganistán. En sus conversaciones consiguió ciertas garantías para sus hombres, que se quedaban en Sudán, a cambio de que se levantara la *fatwa*.

En una entrevista en exclusiva, concedida a un enviado especial a Afganistán, del periódico británico *The Independent*, en febrero de este año, Ossama declaraba que «no estamos más que al principio de nuestra acción contra las fuerzas americanas», para la que se ha asegurado, según sus palabras, el apoyo de miles de paquistaníes decididos a llevar a cabo la guerra santa antiamericana. Estados Unidos y «los sionistas», estima él, tienen miedo de que «ellos mismos y sus agentes locales —las autoridades saudíes— se hundan por la sublevación islámica». Si querer «liberar» a su país, es ser terrorista, entonces «yo tengo el gran honor de serlo».

En una entrevista al semanario americano *The Time*, publicada en mayo de 1996, Ossama explicaba que en el islam:

«Hay reservada una plaza muy particular en el Más Allá, para aquéllos que hubieran participado en la *yihad*. Un solo día en Afganistán equivale a 1.000 días de oraciones en una mezquita cualquiera.»

Para reunir tantas fuerzas y comprar el apoyo de Afganistán y de Sudán, Ben Laden dispone de bastante dinero. Su circuito financiero pasa a través de una red de bancos islámicos, controlados por islamistas egipcios, sirios o palestinos, expulsados de sus países durante los años sesenta y setenta y refugiados en los emiratos del Golfo, donde han hecho fortuna, gracias al *boom* del petróleo. Uno de estos establecimientos, el banco islámico *Al-Shamal*, basado en Jartum, cuenta entre sus accionistas a Ben Laden (coste: 50 millones de dólares). A principios de los años noventa, los bancos islámicos manejaban ya

entre 40 y 60.000 millones de dólares al año. En una entrevista concedido en abril de 1995 al semanario egipcio *Roz al-Yussef*, por Ali Ashmawi, alto dignatario de los Hermanos Musulmanes de Egipto, se afirmaba que la red de «millonarios islamistas» contaba con unos 40 hombres de negocios.

Si Ben Laden, cuya fortuna personal podría estimarse en 300 millones de dólares, invierte en negocios en los países que le dan cobijo, hay que señalar que también financia, por medio de intermediarios saudíes, en varios países árabes —Egipto, Libano y Dubai— y posee fondos en algunas capitales occidentales, especialmente en Londres. Conviene señalar que en la financiación de la nueva organización de Ben Laden, participan también asociaciones y personalidades privadas: piadosos contratistas de la península Arábiga, deseosos de ganar el Paraíso de esta manera, y otros, ambiciosos, a la búsqueda de poder.

Ossama ha dirigido decenas de miles de libras a cuentas bancarias londinenses, procedentes de bancos de Pakistán y Afganistán. Se calcula que Ossama puede tener ahorrado en instituciones financieras de la capital británica, alrededor de 40.000 millones de pesetas, en cuentas bancarias, pertenecientes a miembros de grupos fundamentalistas, con base en Londres. Esto constituye una vulnerabilidad, por cuanto a raíz de los atentados en Kenia y Tanzania, diversos países occidentales han decretado el embargo de cuentas que sean sospechosas de financiar acciones terroristas. El día 20 de septiembre de 1998, la policía alemana asestó un duro golpe a la organización de Ben Laden, al detener en Baviera a Mahmud Mahmud Salim, que está considerado como el principal operador financiero de Ossama, a quien también asesora, al parecer, en la compra de armas.

En el mes de enero de 1994, siempre según los americanos, Ben Laden y el Frente Islámico Nacional abrieron tres campos de adiestramiento de terroristas en el norte de Sudán. Por allí pasaron activistas egipcios, argelinos, tunecinos y paquistaníes, cuyo viaje y formación corría a cargo de la sociedad *Al-Hijra*, en colaboración con las autoridades sudanesas. Según otros informes procedentes de Islamabad, el paquistaní Ramzi Ahmed Yussef, sospechoso de haber preparado el atentado contra el WTC, de Nueva York, en febrero de 1993, habría pasado los tres años anteriores a su detención, en febrero de 1995, en *Beit al-Chahada* (la casa del mártir), en Pechawar. Este centro de acogida estaría financiado directamente por las sociedades de Ben Laden. En Afganistán, el campo de adiestramiento de Kunar, donde se formaban los miembros de *Al-Yihad* y de la *Gamaat Islamiya*, ambas organizaciones terroristas egipcias, estarían también financiadas por Ossama.

Las relaciones de Ben Laden con Arabia Saudí constituyen una verdadera incógnita. Es cierto que el terrorista fue repudiado por su país de origen en febrero de 1994 y se le retiró el pasaporte. Pero también es cierto que, a principios del mes de abril de 1997, Ben Laden fue detenido en Kandahar, en Afganistán, por una facción de talibanes hostiles. Al mensaje enviado al embajador de Arabia Saudí en Pakistán sobre si estaba interesado en recuperar a ese elemento peligroso, la respuesta oficial del diplomático fue:

«El señor Ben Laden no ha cometido ningún crimen en Arabia Saudí. El reino no ha pedido nunca su detención.»

En esa fecha, los Servicios de Información sabían que Ben Laden estaba implicado en el atentado de Aden, en diciembre de 1992, donde murieron un centenar de soldados americanos y en dos atentados realizados sobre suelo saudí contra bases americanas en Ryad,



el día 13 de noviembre de 1995, y en Dahrán, el 25 de junio de 1996. Veinticuatro ciudadanos de Estados Unidos perdieron la vida. Este último atentado reivindicado por la *Legión del Mártir Abdellah al Hadna'fi*, nombre de un activista, ejecutado en mayo de 1996, por haber arrojado vitriolo a un responsable de los Servicios de Seguridad.

Según un diplomático occidental, que estuvo destinado en Arabia Saudí, «los Ben Laden siguen siendo una familia aliada del régimen saudí y las tentativas de recuperación son permanentes». El mismo Ossama declaró al *The Independent* que, el Gobierno saudí le había pedido, recientemente, que renunciara a la *yihad* y volviera al país, ofreciéndole a cambio recuperar la ciudadanía y una suma de dinero considerable. Ofrecimiento que él ha rechazado. Si se cree a Sa'd K. Aburish, en su libro *The Rise, Corruption and Coming Fall of the House of Saud*, los Ben Laden, que pasan por ser una de las familias más ricas del mundo, continúan siendo «los contratistas privados del rey».

Con anterioridad, se dio su nombre, cuando se produjo el atentado contra el WTC de Nueva York, el día 26 de febrero de 1996, sin que se sepa si estuvo en su planeamiento. Al parecer, los fondos que financiaron los atentados cometidos en Francia, en 1995, procedían de las cuentas de Ben Laden en Londres, desde donde fueron a las manos de Rachid Ramda.

Y cuando en junio de 1998, el príncipe saudí Turki se reunió discretamente con el «emir» Omar, en Afganistán, no hubo ninguna mención sobre Ben Laden.

Hoy, ya no hay impunidad para Ossama. Las 250 víctimas de los atentados de Nairobi y Dar-es-Salam han cambiado todo. Hace días, el Tribunal Federal de Nueva York ha lanzado un mandato de detención internacional contra Ossama.

Al parecer, Ossama habría abandonado Afganistán para dirigirse al este del Yemen, a una región montañosa, próxima a la frontera saudí, donde el jefe de la tribu local, jeque Ben Chadjee, le había invitado a refugiarse, después de largo tiempo, prometiéndole el apoyo de unos millares de combatientes. Esto concuerda con ciertos propósitos de Ossama, que pensaba instalarse en el Yemen, para «luchar contra la influencia americana en el mundo árabe».

En el año 1995, Ossama concede una entrevista al periodista Nihad Gadiri, del periódico libanés *Al Moharrer News* en la que expresaba su trayectoria y su transformación, de la siguiente manera:

«Los americanos y los saudíes tenían un interés común, al oponerse a los rusos en Afganistán. Así pues, han llegado a ser aliados, incluso si sus motivaciones eran diferentes, los saudíes, antes que nada, se empeñaban en este combate, porque querían defender la religión musulmana contra las fuerzas ateas, cada vez más presentes en la región, especialmente en el Yemen.»

Teniendo en cuenta la excelente reputación de mi familia en Arabia Saudí, fui elegido para representar al país en Afganistán. Me instalé en Pechawar y empecé a recibir voluntarios de Arabia Saudí y de otros países árabes. Fue allí donde creé los primeros campos de adiestramiento, donde los hombres eran encuadrados por oficiales paquistaníes y americanos.

Si fuimos coyunturalmente aliados de los americanos, no compartíamos forzosamente sus objetivos. Nuestro fin era la Revolución islámica, y nuestra alianza con Estados Unidos no nos hacía reconsiderar nuestro compromiso fundamental. Lo que contaba para nosotros,

antes que nada, no era como para los americanos, combatir a los rusos, sino estar al lado de nuestros hermanos islámicos, en este caso los afganos. Por otra parte, el poder saudí, él, temía que los grupos que estábamos a punto de formar se volvieran contra él.

Al principio, yo compartía estos temores. Después, poco a poco, me fui alejando de estos cálculos saudíes y americanos. Mis ojos se abrieron sobre la miseria general de los pueblos musulmanes. Incluso, mi propio país, Arabia Saudí. He descubierto que no se podía combatir únicamente sobre el frente afgano contra los rusos, sino que se debía combatir sobre todos los frentes, en los que los musulmanes estuvieran aplastados por una especie de colonización mundial, que sea comunista u occidental.

Es así como mis opiniones se han separado de las de los responsables saudíes. Cuando he vuelto al país, los dirigentes han intentado recuperarme. Pero han fracasado. Yo no había partido para Afganistán como mercenario, sino como buen musulmán. Yo no quería combatir un peligro (el comunismo), olvidando otros.

El mismo rey me ha llamado. Pero no he cambiado de parecer. Y además, yo había reflexionado: fuimos a Afganistán para ser combatientes musulmanes y Estados Unidos había querido, simplemente, servirse de nosotros contra los rusos. El encuadramiento estaba proporcionado por los paquistaníes, las armas por los americanos y la financiación por los saudíes. Si habíamos aceptado, con urgencia, combatir al comunismo ateo, no debíamos olvidar que nuestro siguiente enemigo era americano. Eso, lo hemos descubierto combatiendo.

Ahora que el bloque soviético ha desaparecido de la escena internacional, el nuevo objetivo de los islamistas son Estados Unidos y su aliado Israel. Muchos países están implicados en este conflicto y no se sabe como va a terminar. Es la guerra abierta hasta la victoria o la derrota. Y en lo que a nosotros se refiere, nuestra vida no tiene valor más que si permanecemos fieles a nuestras convicciones.

## **Bibliografía**

ANTOINE SFEIR. *Les reseaux d'Allah*.

ASSEM AKRAM. *Historie de la guerre d'Afghanistan*.

*Atlas Mondial de L'Islamisme Activiste*. La Table Ronde, Strategiques.

JEAN-MARC BALENCIE y ARNAUD DE LA GRANGE. *Mondes rebelles*, volumen 2.

JOHN L. ESPOSITO. *The Islamic Threat*.

OLIVIER ROY. *La nouvelle Asie ou la fabrication des nations*.

Periódicos y revistas nacionales y extranjeras.